AÑO — BUENOS AIRES, Miércoles 10 Marzo de 1926 — No. 37

EL REPARTO DE SIVA

Siva, que manda al hombre las cosechas,
de pan, trabajo y duelos
y hace que sople el viento,
sentado en el umbral de un claro día,
ha de ello mucho tiempo,
repartió su porción a cada uno.

Crítica para los Niños

Suplemento de 8 páginas Aparece los miércoles

desde el Rey, que en el gudde se reclina,
al pobre pordiosero.
El: dio todo Siva, el que protege.
sí, todo ¡Mahadeo!
dió el espino al camello, al buey forraje,
y a tí, mi niño, por cojín mi pecho.

Rudyard Kipling.

El pesquisa Hormiga Negra o el robo del diamante azul

HISTORIETA POLICIAL ILUSTRADA POR **ROJAS**



Cuentos para niños, escritos por ellos mismos

Esta semana resultaron premiadas las siguientes descripciones

"EN EL RIO", por Margarita Torres. 10 años.
"PEQUEÑOS PESCADORES", por Domingo Rueda. 13 años.
"MAÑANA DE SOL", por Ninfa Silvia Ferreira.
"TARDE FELIZ", por Luis Fanetti. 13 años.

TARDE FELIZ

(Premiado)

En una tarde primaveral, llena de silencio y de quietud, que el soplo de una suave brisa, entona la melancolía del paisaje; tres chacareritos voluntariosos se dirigen al arroyo más próximo, dispuestos a pasar una solaz y alegre tarde, que el día invita.

Después de corretear por los verdes prados, florecidos de trébol en flor y de bellas y perfumadas flores que la madre natura les proporciona, los tres niños se disponen a divertirse cada cual a su manera.

El mayorcito provisto de un sombrero campestre de anchas alas, que lo cobija del fuerte sol, ya ha tirado el aparejo a las plateadas aguas del arroyo; y por la expresión de su rostro, ya deben picar los pececillos, que él llevará gustoso a su buena madrecita, y que ella lo retribuirá con un fuerte beso maternal. El segundo de ellos le pareció mejor que las aguas lo invitaban a tomar un fresco baño, y él decidido, aceptó la invitación, preparándose para tal; y el más pequeño de ellos, parado sobre las tablas que hacen de muelle, observa el horizonte con su caña de pescar al hombro. Tal vez no ha tenido paciencia de esperar, a que los pececillos picasen su anzuelo y levantándose recuerda a sus hermanos que es hora de volver a casa, donde su madrecita sellará con fuertes besos el feliz día que pasaron.

Luis Fanetti,
13 años.

MAÑANA DE SOL

(Premiado)

Entre los verdes y vistosos árboles, las flores, los pájaros y el firmamento transparente y bello, divísase cual luciente cinta de plata, el arroyuelo. ¡Qué hermoso cuadro presenta! El sol envía sus ardientes y brillantes rayos, semejándose las aguas a un manto de oro. Subidos sobre unas maderas y colocados cómodamente, se ven unos pequeños pescadores con todos los atavíos necesarios para la pesca. Uno de ellos ha decidido bañarse debido a la enorme calor. El sol da de lleno en sus blancas espaldas. ¡Qué alegría experimenta al pensar en la zambullida! El más pequeño tiene apoyada en su hombro la caña de pescar. Mira asombrado las idas y venidas de los peces, cuyas escamas resplandecen a la luz. ¡Qué rollizo es y qué carita sonrosada y linda tiene! El mayor tiene el anzuelo en el agua y espera con ansiedad ver moverse en la punta de éste una linda mojarrita.

Ninja Silvia Ferreyra
11 años

DESCRIPCION D E ESTA LAMINA



Semanalmente, publicaremos una lámina del tamaño de la presente, con el propósito de que nuestros amiguitos observen en ella, y nos describan por escrito cuánto pueden sugerirle las escenas que ellas representan, y que trataremos sean todo lo sencillas posibles. Las cuatro mejores descripciones serán premiadas con un argentino oro, suprimiéndose, en consecuencia, los premios que a los mejores cuentos dió la dirección de CRITICA hasta hace poco. Ello no significa que las colaboraciones y cuentos que acostumbran a mandarnos nuestros colaboradores sean desechados. Los cuentos que se nos envíen, y que a juicio nuestro lo merezcan, serán publicados e ilustrados, como estímulo al trabajo y dedicación de nuestros amiguitos.

EN EL RIO

(Premiado)

En una de las apacibles y cálidas tardes del mes de septiembre, tres niños se hallaban entretenidos sobre un pequeño muelle.

Los chicos estaban en el apogeo de su diversión.

La tarde era serena y en el horizonte se ven inmensos nubarrones que se levantan del río, majestuosos en medio de vapores grises. Uno de los niños observa temeroso ese espectáculo, con miedo de que llueva y les arruine la fiesta.

Otro niño está sentado en la punta del muelleclto, atento a que un infortunado pez se trague el anzuelo para pescarlo.

Un jovenzuelo está sentado desnudito en un costado del muelle, listo para tirarse al agua.

¿Ya pescaste? Le pregunta otro de los chicos lleno de alegría, al que está sentado en la punta.

El mismo niño que le pregunta está mirando dónde se puede sentar para poder pescar.

El río está tranquilo y facilita así la pesca y la alegría de los chicos...

Margarita Torres
10 años

PEQUEÑOS PESCADORES

(Premiado)

Era una familia muy modesta, compuesta por el padre, la madre y tres hijos llamados: Antonio, Carlos y Martín.

El mayor contaba trece años: Antonio.

El que le seguía once años: Carlos.

Y el menor, solamente nueve años: Martín.

Los tres eran muy cariñosos con sus padres, y por ésto el padre los estimaba y los colmaba de hermosos juguetes.

Vivían en una aldea bastante apartada de la ciudad.

El padre era muy trabajador, lo que le facilitaba en todas las ocasiones, solucionar las necesidades familiares.

En la costa donde ellos vivían no había ningún pez; al traerlos de otros puntos lejanos los cobraban más caros y tomaban mal gusto.

Un día el padre les regaló una pecera llena de pescaditos para que jugasen con ellos: pero como los niños eran tan bondadosos, les dió lástima verlos sufrir dentro de la pecera, y los arrojaron al mar; y al poco tiempo se multiplicaron, viviendo en ese lugar. Pero ningún pescador los descubrió. Sucedió que cierto día el padre se enfermó de bastante gravedad y como era poco el dinero que tenía ahorrado, pronto el médico lo abandonó, quedando su vida en serio peligro.

En esta seria situación se encontraban, cuando Antonio que era muy hombrecito se acordó de una cosa muy útil: de aquellos peces, que ellos habían arrojado al mar.

Y, secundado por Carlos y Martín, construyó un pequeño muelle y se dedicó a pescar y vender peces, junto con sus hermanos, que les gustaba mucho ese trabajo.

Como ellos no tenían que pagar flete vendían el pescado mucho más barato, y además era más fresco que el de los otros pescadores.

Los tres se fueron a vender a la ciudad, donde ganaban mucho, y pudieron pagar el médico y los remedios para el padre que pronto se mejoró.

Ahora son muy felices, el padre se dedica a explotar la pesca, viven en la ciudad y los tres hermanos están estudiando, para en el futuro ser grandes hombres.

Domingo Rueda
13 años

Cómo se hace un aeroplano casero

Con muy poco trabajo puede hacerse un pequeño modelo de aeroplano, que no obstante su diminuto tamaño, vuela perfectamente arrojándolo con la mano en cualquier habitación. Los materiales necesarios se reducen a un poco de papel fuerte y un trozo de lacre.

Con unas tijeras se corta el papel dándole la forma de un pájaro, poco más o menos, teniendo cuidado que las alas sean lo más iguales posible. El diseño que acompaña a estas líneas da muy buen resultado, pero debe cortarse más grande, de unos quince centímetros de punta a punta, por dos centímetros y medio de ancho en el centro.

Para darle la debida estabilidad, hay que poner peso al modelo, y esto se consigue con el lacre. El espacio de forma oval que se ve en el grabado, demuestra la posición que debe ocupar el lastre. La cantidad de lacre se determina con sucesivos tanteos, pero hay que distribuir por igual, a cada lado de la línea recta que indica la situación del centro del aeroplano. Si el peso es poco, el "aparato" oscila mucho en el aire, y toma una dirección incierta.

Hecho lo expuesto, sólo queda dar a las puntas de las alas la elevación debida, pero esto influye poco en el vuelo; lo importante es que ambas puntas tengan igual elevación, porque es realmente extraordinaria la sensibilidad del modelo, a la menor variación que exista entre las alas. Esta gran sensibilidad dificulta el logro de vuelos perfectamente rectos. Generalmente, el aeroplano traza una larga curva por tener una punta más alta que otra.

Para elevar éstas debe sostenerse el modelo con las puntas mirando hacia adelante y el lado del lacre hacia abajo, y entonces, partiendo de los puntos "a" del diagrama, se tuerce el papel con los dedos pulgar e índice. Para que vuele mejor conviene doblar un poco hacia abajo el borde del frente, porque corta mejor el aire y da más rigidez al papel.

Así preparado, se sostiene el aeroplano entre el pulgar y el índice a la altura de los ojos (con la parte del lacre hacia abajo y las puntas de las alas mirando hacia arriba en dirección de la persona) y se arroja, o mejor dicho, se suelta el aparato con una sacudida lo más ligera posible, para que no caiga al suelo rápidamente siguiendo una dirección hacia atrás que disminuye mucho la duración del vuelo. El aeroplano debe surcar el aire perfectamente sereno, cayendo poco a poco, y estremeciendo ligeramente las puntas de las alas. Para echar a volar este aeroplano, hace falta cierta maña, pero se adquiere fácilmente. Hay que tener cuidado de lanzarlo bien nivelado y con la línea del centro señalando en la dirección que se desee que siga. En los primeros ensayos se observará que el aeroplano se tuerce a un lado o a otro, por consecuencia, como dijimos antes, de la desigual elevación de las alas. En estos casos, si el aparato se va hacia la izquierda, es que hay que elevar el ala derecha o bajar la izquierda y viceversa.

Si a pesar de todo sigue torciéndose, será que viene aire de alguna puerta o ventana. Estos modelos tan ligeritos sólo dan resultado en sitios donde el aire esté en perfecta calma.

CASTRON Y CARNERO

FABULA

Dios puso al hombre en la tierra. El hombre se construyó una casa. Dios puso las cabras en la tierra. Pronto fueron muchas cabras que tuvieron su vivienda. Dios puso a las ovejas en la tierra. Pronto fueron muchas ovejas que tuvieron su vivienda. Dios puso a los leopardos a las hienas y a los leones en la tierra, y cada uno tuvo su vivienda. Pero, los animales carniceros se comían todas las tardes cabras y ovejas.

Un día, el castrón se fué a ver al carnero, y le dijo:

—¿Qué vamos a hacer? Todos los días los animales carniceros roban uno o varios de nosotros. ¿Qué haremos contra eso?

El carnero dijo:

—No podemos hacer nada. Hay que dejar que las cosas sigan como están. Puede ser que si intentamos hacer algo las empeoremos.

El castrón rebatió:

—Sin embargo, hay que hacer algo. Yo voy a declarar la guerra a los animales carniceros.

El carnero contestó:

—¿Cómo se te ocurre eso? ¿No ves que los animales carniceros son demasiado fuertes?

El castrón le contestó:

—Me es completamente indiferente. Haré lo que se me ocurre. Y si tengo que hacer la guerra yo solo, solo la haré. Ya verás como consigo mis propósitos.

El carnero le recomendó, entonces:

—¡Se prudente! Saldrás mal parado.

El castrón concluyó:

—Lo haré todo como lo pienso.

El castrón se fué y dejó al carnero solo.

El castrón le dijo a su mujer:

—Hazme mañana, temprano, buenas tortas frescas.

Luego, el castrón sacó una larga espada con un hermoso tahalí. Pidió a los hombres, prestadas, pieles secas del leopardo, de la hiena, del león. Con ellas se hizo un zurrón. A la noche dijo a su mujer:

—Ten preparada mi carpa, mañana por la mañana. Tendremos que andar un trecho largo.

La mujer empaquetó a la noche todas las cosas y las metió en el zurrón.

Al día siguiente, por la mañana, temprano, el castrón se puso en camino hacia la casa del leopardo. Su mujer le seguía con la carga a la cabeza; las tortas iban empaquetadas arriba.

Llegaron muy cerca de la casa del leopardo. El leopardo estaba precisamente acostado dentro de la casa, en el lecho, pero, la leoparda miraba a lo largo del camino.

La leoparda exclamó:

—¡Hombre! Ahí vienen las cabras que comemos siempre; vienen directamente aquí.

El leopardo dijo:

—Eso no es posible. Las cabras no son tan tontas.

La leoparda miró otra vez con cuidado por el camino, y exclamó:

—¡Pues, sí! Son las cabras.

El leopardo se levantó, y dijo:

—Entonces, no son las que comemos siempre, son otras. Las que comemos gritan y echan a correr, y éstas vienen a nosotros tranquilamente. Vé y llévale al macho una taza de agua.

(Llevar agua, es el saludo usual al caminante sediento).

La leoparda cogió una taza de agua para llevársela al castrón. El leopardo se escondió detrás de la puerta, mirando lo que iba a pasar.

La leoparda se fué al castrón con la taza llena de agua y se arrodilló delante de él. Entre tanto, la cabra ponía su carga en el suelo.

El castrón miró a la leoparda con aire de disgusto y le dijo, groseramente:

—¿Es que he comido ya? — y le dió a la taza un puntapié que la hizo caer.

El castrón prosiguió:

—Yo tengo la costumbre de no beber hasta haberme comido mi ordinario hígado de leopardo. El alimento que más me gusta, es el hígado de leopardo. Mujer, saca de la cesta hígado que voy a comerlo. Espero que el de ayer esté todavía bueno. Si no, le cortaré el hígado a este leopardo.

La cabra sacó de su envoltorio una torta, se arrodilló, y se la dió al castrón. El castrón la cogió, le dió un mordisco, pero, en seguida tiró el pedazo mordido, y exclamó:

—¡Uf, se ha puesto seco! Voy a cortar un hígado fresco.

Cogió su espada, la sacó de la vaina y golpeó con ella el saco y las pieles secas con gran ruido.

Cundo la leoparda y el leopardo escondido detrás de la puerta, vieron y oyeron esto, sintieron gran miedo y echaron a correr con sus cachorros.

El castrón incendió la casa detrás de ellos, y dijo:

—¡Ahí se vé lo que puede un castrón!

El castrón le dijo a su mujer:

—Recoge tus cosas que vamos a seguir andando.

La cabra recobró sus cosas y se puso el paquete en la cabeza. El castrón iba delante, siguiendo las huellas del leopardo. La cabra le seguía. Iba a la casa de la hiena.

La hiena estaba precisamente acostada dentro de su casa, en la cama. La hembra miraba a lo largo del camino.

De pronto la hembra exclamó:

—¡Hombre! Ahí vienen las cabras que comemos siempre; vienen directamente aquí.

El macho dijo:

—No es posible. Las cabras no son tan tontas.

La hembra miró con cuidado, y luego exclamó:

—¡Pues, sí! Son las cabras.

El macho se levantó, y dijo:

—Entonces no son las que comemos siempre; son otras. Las que comemos gritan y echan a correr, y éstas vienen a nosotros tranquilamente. Vé, y llévale al castrón una taza de agua.

La hembra cogió una taza de agua para llevársela al castrón. El macho se escondió detrás de la puerta, mirando lo que iba a pasar.

La hembra se fué al castrón con la taza llena de agua y se arrodilló delante de él. Entretanto, la cabra ponía su carga en el suelo.

El castrón miró a la hembra con cara de disgusto y le dijo, groseramente:

—¿Es que he comido ya? — y le dió a la taza un puntapie que la hizo caer.

Y prosiguió:

—Yo tengo la costumbre de no beber hasta haberme comido mi ordinario hígado de hiena. El alimento que más me gusta, es el hígado de hiena. Mujer, saca de la cesta hígado para comerlo. Espero que el de ayer esté bueno todavía. Si no le cortaré el hígado a esta hiena.

La cabra sacó de su envoltorio una torta, se arrodilló y se la dió al castrón. El castrón la cogió, le dió un mordisco, pero, en seguida, tiró el pedazo, y exclamó:

—¡Uf, se ha puesto seco! Voy a cortar un hígado fresco.

Cogió la espada, la sacó de la vaina, y golpeó con ella el saco y las pieles secas con gran ruido.

Cuando la hiena hembra y el macho escondido detrás de la puerta, vieron y oyeron esto, sintieron gran miedo y echaron a correr con sus cachorros.

El castrón incendió la casa trás ellos, y dijo:

—¡Ah, se vé lo que puede un castrón!

El castrón le dijo a su mujer.

—Recoge tus cosas, que vamos a seguir andando.

La cabra recogió sus cosas y se puso el paquete en la cabeza. El castrón iba delante, siguiendo las huellas de la hiena. La cabra le seguía. Iban a la casa del león.

El león estaba precisamente acostado dentro de su casa, en el lecho. La leona miraba a lo largo del camino.

La leona exclamó:

—¡Hombre! Ahí vienen las cabras que comemos siempre; vienen directamente aquí.

El león dijo:

—No es posible. Las cabras no son tan tontas.

La leona miró con cuidado, y luego exclamó:

—¡Pues, sí! Son las cabras.

El león se levantó, y dijo!

—Entonces, no son las que comemos siempre; son otras. Las que comemos gritan y echan a correr, y éstas vienen a nosotros, tranquilamente. Vé, y llévale al castrón una taza de agua.

La leona cogió una taza de agua para llevársela al castrón. El león se escondió detrás de la puerta, mirando lo que iba a pasar.

La leona se fué al castrón con la taza llena de agua, y se arrodilló delante de el. Entre tanto, la cabra ponía su carga en el suelo.

El castrón miró a la leona con cara de disgusto y le dijo, groseramente:

—¿Es que he comido ya? — y le dió un puntapié que la hizo caer.

El castrón dijo:

"Yo no tengo la costumbre de beber hasta haberme comido mi ordinario hígado de león. El alimento que más me gusta, es el hígado de león. Mujer, saca de la cesta hígado para comerlo. Espero que el de ayer esté todavía bueno. Si no, le cortaré el hígado a esta leona.

La cabra sacó de su envoltorio una torta y se la dió al castrón. El castrón la cogió, le dió un mordisco, pero, en seguida, tiró el pedazo mordido, y exclamó:

—¡Uf, se ha puesto seco! Voy a cortar un hígado fresco.

Cogió su espada, la sacó de la valna, y golpeó con ella el saco y las pieles secas, con gran ruido.

Cuando la leona y el león escondido detrás de la puerta, vieron y oyeron esto, sintieron gran miedo, y echaron a correr con sus cachorros.

El castrón incendió la casa trás ellos, y dijo:

—Ahí se vé lo que puede un castrón.

El castrón le dijo a su mujer:

—Recoge tus cosas, que nos vamos a casa.

La cabra recogió sus cosas y se puso el paquete en la cabeza. El castrón iba delante, camino de su casa.

Cuando llegó a casa, todas las cabras y ovejas organizaron un fiesta y le cantaron al castrón un canto triunfal.

El carnero se fué al castrón y le preguntó:

—Cuéntame cómo has hecho para espantar a los leopardos, hienas y leones.

El castrón dijo:

—Muy sencillamente.

Y el castrón lo contó.

El carnero dijo:

—Pero, eso es muy sencillo. Puedo hacerlo yo también.

El carnero le dijo a su mujer:

—Hazme, mañana temprano, buenas tortas frescas.

Luego el carnero sacó una hermosa espada con un hermoso tahalí. De los hombres tomó prestadas pieles secas de leopardo, de la hiena y del león. Con ellas se hizo un zurrón.

A la noche le dijo a su mujer:

—Ten preparada mi carga mañana por la mañana. Tendremos que andar un largo trecho.

La mujer empaquetó todas las cosas y las metió en el zurrón.

Al día siguiente, por la mañana, temprano, el carnero se puso en camino hacia la casa del leopardo. Su mujer le seguía con la carga sobre la cabeza; las tortas iban empaquetadas arriba. Llegaron muy cerca de la casa del leopardo.

El leopardo había vuelto con la leoparda y sus cachorros. Ya había arreglado su casa quemada por el castrón.

Al acercarse el carnero con su mujer, el leopardo estaba acostado precisamente en el fondo de su casa, en el lecho.

La leoparda miraba a lo largo del camino. De prontro, la leoparda exclamó:

—¡Hombre! Ahí vienen las ovejas que comemos siempre; vienen directamente aquí.

El leopardo dijo:

—Harán lo mismo que las cabras. Tenemos que estar con cuidado para que no escapen.

La leoparda dijo:

—Sí; el carnero trae también una espada, y pisa fuerte.

La leoparda llenó una taza de agua para llevársela al carnero. El leopardo se escondió detrás de la puerta, mirando lo que iba a pasar.

La leoparda se fué con la taza de agua al carnero y se arrodilló delante de él. Entre tanto, la mujer del carnero ponía en el suelo su carga.

El carnero miró a la leoparda con cara de disgusto, y dijo brutalmente:

—¿Es que he comido ya?

El carnero no le dió un puntapié a la taza como el castrón, sino que dijo:

—Ponme la taza en el suelo para que pueda comer antes. Yo como primero y bebo después. Tengo la costumbre de comerme por las mañanas un hígado de leopardo. El hígado de leopardo es mi comida favorita. Mujer, dame hígado del cesto. Espero que quedará todavía y que estará bueno. Si no..., le pediremos al leopardo que nos busque otro.

La mujer del carnero sacó una torta del cesto, se arrodilló y se la dió al carnero. El carnero la cogió, le dió un mordisco; pero, en lugar de escupirlo, lo masticó, se lo tragó, y dijo:

—Sí, sabe bien.

El leopardo miraba la escena detrás de la puerta. Cuando el carnero se bajó para morder otra vez, saltó sobre él y le mordió en la nuca, dejándolo muerto, mientras la leoparda saltaba sobre la mujer del carnero y la mataba.

Desde entonces las cosas siguen como antes. Leopardos, hienas y leones roban cabras y ovejas. Lo que ganó el castrón lo perdió el carnero. Sólo que las cabras gritan cuando las acometen los leopardos, hienas y leones. En cambio, cuando acometen a las ovejas, no se oye el menor ruido. Las ovejas se dejan matar en silencio y no se defienden nunca contra los carniceros.

Para tener pájaros en libertad

Dos medios existen para tener en libertad en un parque o en un jardín cerrado, pájaros de adorno, sin que puedan escaparse: cortarle una de las alas o trabarla.

El primero tiene el inconveniente de privar del vuelo a perpetuidad a las aves a que se aplica: el segundo es, por el contrario, momentáneo, y el ala reanuda sus funciones en cuanto se le quita la traba.

En el primer caso debe procederse de la siguiente manera: siempre que sea posible, la operación debe efectuarse entre dos personas, a las que llamaremos operador y ayudante, respectivamente. El ayudante sujetará al pájaro con una mano y con la otra presentará el ala extendida en forma de abanico. Con unas tijeras bien afiladas o con una podadera si se trata de un animal adulto, se corta de un solo golpe la parte del ala que sostiene las plumas remeras, cuidando con el pulgar que las plumas bastardas no cubran la cicatriz rápidamente formada. Inmediatamente después de la ablación, se cauteriza con hierro calentado al blanco. Así se contiene una hemorragia fatal a veces en ciertos sujetos delicados o demasiado jóvenes para resistirla.

Esta operación puede hacerse en los polluelos desde que tienen dos semanas a pesar de la cauterización. Debe elegirse un día de buen tiempo y seco y una hora cálida, a fin de evitarles cualquier enfriamiento que pueda acentuar la pérdida de sangre, que fatalmente le produce. Para esos pajaritos no debe emplearse el hierro: es suficiente un lápiz de nitrato de plata o un pedacito de yeso fino. Esta operación debe practicarse en una ala solamente.

Más cómodo, y sobre todo, menos bárbaro, es el segundo sistema, que consiste en una ligadura hecha con una de las alas, de modo que la impidan desplegarse.

todo el mundo puede improvisar, consiste en un pedazo de badana delgada de un centímetro de ancho, cortada en forma de Y. Las dos ramas superiores deben ser de la mitad del largo de la inferior; en un agujero que se hará en cada extre- Aunque se venden diversos aparatos para este objeto, la traba más sencilla y que



Modo de colocar una traba

midad deberá sujetarse un broche metálico de cabeza larga y de dos ramas, de esas que se usan para juntar muestras papeles, etc. Las trabas se cortarán, según el pájaro a que se destinen: para un faisán, las dimensiones deben ser las siguientes: 5 centímetros las ramas cortas y 10 la larga. Si alguna de ellas resultara larga, puede remediarse este inconveniente haciendo un agujero más abajo y cortando el trozo de badana sobrante. He aquí como debe colocarse. El ayudante presenta el ala, y por adentro, se rodea la base del húmero con las dos ramas, colocando los agujeros uno encima de otro y se pasa el broche por ellos con la punta hacia el exterior. La rama grande se pasa por las remeras primarias, entre la segunda y la tercera y se tira de ésta a fin de que el agujero que la termina se una a los otros dos; se pasa el broche y se abre, doblando las puntas hasta hacia adentro, para que no puedan lastimar al animal.

La duración de estos aparejos es casi indefinida. Si a consecuencia de lluvias o de un largo uso se retuerce la badana o se abarquilla, puede devolvérsele la flexibilidad, untándola con aceite y pasándola sobre un pedazo de madera plana y lisa como el barrote o el respaldo de una silla de Viena.

El uso de esa traba no impide empollar a las aves cluecas y los pollitos pueden resguardarse bajo el ala inmovilizada casi tan fácilmente como bajo la otra. Este sistema es aplicable, sobre todo, a los productores, perdices o faisanes, los que pueden dejarse en libertad cuando los pequeños ya no necesiten sus cuidados. Si, en caso contrario, deben esos pájaros quedar en el parque o en el jardín y llevar continuamente la traba, es preciso vigilar cuando llega la época de la muda y asegurarse de que la caída de las plumas grandes (remeras), no anulará la acción de la traba. En este caso, es preciso encerrar al animal durante unas tres semanas, tiempo suficiente para el cambio de pluma.

Amiguitos de CRITICA vistos por Bravo

PALO DE CIEGO


Aquí tienen ustedes al ciego Carrasco, que ni sospecha lo que le va a suceder.


Llegan dos pilletes, que le echan al sombrero una moneda atada a un hilo.


Carrasco la siente caer, mete la mano... pero... ya los pilletes la han sacado.


—Vea, ciego..., la vieja que viene ahí es quien lo está engañando.


—¿Vieja? Ahora sabrás quién es Carrasco.


—Métele, ciego, ¡métele palo.
—¡Jesús, María y José!


Irma Epidatto

Sarita Hebe Goldemberg



Armando Leoni

José Rodríguez

Filomena Ciabrini


Pepito Molfino Vénere

Guillermito Jove Martín

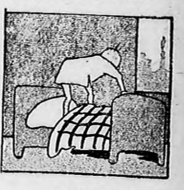
Antonio F. Kasperki


Pepito García Díaz

¡LOS MOSQUITOS!


—¡Qué animalitos tan terribles!


¡Demonio! ¡Cómo me pica!


¿Dónde estarán?


Apuesto a que es en la madera de la cama.

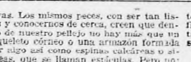

¡A grandes males, grandes remedios!


¡Cuando yo decía! ¡Por fin! Ahora me dejarán tranquilo.

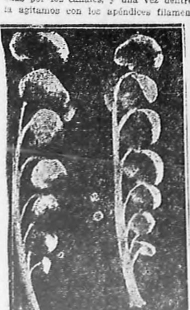
Historia de una esponja

—Vivo en el mar, en el fondo del Mediterráneo, adherida a una roca enorme, que comparten conmigo otras muchas esponjas, más grandes que yo casi todas ellas y de formas muy distintas; planas unas, redondas las otras, y las otras, como yo misma, parecidas a cierto objeto de oro que yace muy cerca de nuestra roca, enterrado casi por completo en la arena. Los peces, que no tienen que pasar la vida pegados a una piedra, y conocen el mundo mucho mejor que nosotras, me han dicho que ese objeto lo han hecho los hombres para beber en él; se llama copa; yo tengo, por lo tanto, la forma de una copa. Todas nosotras tenemos la piel negra, bastante fea; pero no estamos quejosas de ello, porque así nos distinguimos de nuestra vecindad, formada por anémonas de mar, corales y otros muchos seres multicolores, algunos de los cuales tienen además la propiedad de emitir resplandores policromos, que iluminan admirablemente las profundidades. Con esas luces, unos atraen a otros animalitos para comérselos, y otros espantan a sus enemigos para que no se los coman. Nuestra patria es teatro de una guerra constante. Yo, sin embargo, vivo en paz con todo el mundo, lo mismo que todas las esponjas. Nadie se nos come, ni nosotras nos comemos a nadie, aunque tenemos glotonería.

Seguramente habrá muchos hombres que no sepan cómo puede comer una esponja. Eso es porque no nos han visto



vivas. Los mismos peces, con ser tan listos y conocernos de cerca, creen que dentro de nuestro pellejo no hay más que un esqueleto córneo o una armazón formada por algo así como espinas calcáreas o silíceas, que se llaman espículas. Pero no; tenemos también carne, y dentro de esta carne una porción de canalitos y unas cavidades pequeñitas, donde hay infinidad de apéndices filiformes muy chiquitos, pero que movemos con la misma facilidad con que el pulpo mueve sus tentáculos. Estas cavidades, tan diminutas que en la más grande difícilmente cabe un grano de arena, tienen además en sus paredes muchos agujerillos. El agua del mar que se nos mete por los poros llega hasta ellas por los canales, y una vez dentro, la agitamos con los apéndices filamentosos (creo que los hombres les llaman flagelos) para separar las partículas nutritivas que siempre trae consigo, y absorberlas por los agujerillos. Después, el


Esperióside o esponja compuesta


Hialonema o esponja de cuerda de cristal, del Japón

agua se marcha por otros canalitos, hasta llegar a otros canales más grandes, y la expulsamos en chorros por los ósculos, que son unos agujeros que tenemos en la piel.

Algunas veces tragamos involuntariamente con el agua algún granito de arena que se nos queda incrustado en la carne con el esqueleto; pero eso no nos produce el menor daño. También tragamos de tarde en tarde, e involuntariamente como lo tragamos todo, espículas durísima de otras esponjas. Porque no todas tienen como nosotras, el esqueleto córneo; el de algunas especies es duro y pétreo y está formado por espinas afiladas o ganchudas.

Conozco una de estas esponjas, una cliona, que ha dado pruebas de dureza metiéndose en la valva de una ostra. Nosotras, que somos las verdaderas esponjas, no podemos minar de esa manera, y permanecemos agarradas a las piedras.

Los ojos artificiales

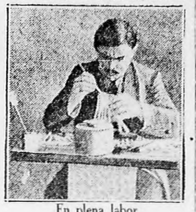
Los ojos artificiales son muy antiguos, pero sólo han constituído una industria digna de este nombre desde principios del siglo XIX en que se empezó a fabricarlos de vidrio. En 1849, Demmenie, fundidor en Amsterdam, substituyó aquella substancia por el esmalte, que presenta muchos menos inconvenientes.

Se ha tratado de reemplazar el esmalte por la vulcanita o el celuloide pero los ensayos no han tenido éxito.

Bajo la acción del fuego el esmalte o silicato de potasa y plomo, adquiere un notable brillo que imita el de los ojos naturales; la fricción incesante de los párpados no le gasta sino poco a poco; las lágrimas apenas lo atacan y no irrita la mucosa ocular. Además, la adición de diversos óxidos metálicos permite representar los menores detalles y matices de la esclerótica, el iris y la pupila.

El útil principal del ocularista es una lámpara de esmaltador, que algunas veces se reemplaza por un soplete de gas. El operario se sienta contra la luz y trabaja casi en la obscuridad para ver bien la llama de un soplete y no tomar un color por otro. Después accionando el soplete por medio de un pedal, proyecta horizontalmente la llama delante de sí. Cuando la llama está azulada —pues la blanca mancharía el esmalte y cambiaría los tonos— la proyecta sobre el objeto que ha de fundir. Este es un tubo de cristal, en cuyo orificio suelda una gotita de esmalte blanco del tono deseado, la eleva al rojo y la sopla hasta que toma el volumen requerido, con lo que ya tiene la esclerótica. Perfora en seguida la extremidad con un punzón cónico y abandonando este globito por un instante, entra en la confección del iris. Para esto, toma una varita de cristal transparente como soporte; en su extremo pinta al soplete las estrías del iris con lápices de esmalte de las tintas requeridas, mientras una gotita de esmalte negro le permite imitar con perfección cualquiera pupila humana.

Tomando entonces ese iris, ya frío, lo suelda a la extremidad de la esclerótica, previamente confeccionada (fig. 1). Secciona luego el cristal dejando una


En plena labor

capa bastante espesa para simular el relieve de la cámara anterior, dispone algunos filetes rojos en el blanco para representar los vasos capilares de la conjuntiva y con esta operación queda terminado el globo de esmalte. Luego lo separa del tubo, reblandeciendo la zona de unión con el soplete y ayudándose con un cuchillo de hierro blanco. Después toma la pieza con unas pinzas y la coloca en una caja metálica donde sufre un recocido que la da más solidez; por fin, se deja enfriar muy lentamente, para evitar deformaciones o grietas que perjudicarían el delicado artefacto.

El veneno del tabaco

Efectos que produce el uso y abuso del tabaco

—El tabaco debilita los nervios, y como consecuencia de este resultado, produce una excitabilidad malsana y peligrosa.

—Paraliza los sentidos del olfato y del gusto y daña la vista y el oído.

—Debilita la energía del espíritu y conduce a la desesperación

—Impide el desarrollo de los jóvenes y disminuye su estatura.

—Cuando fuman los niños, se hacen ladrones de tabaco para satisfacer esta necesidad, y se acostumbran a mirar sin horror la adquisición de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

—Debilita la memoria y conduce a la locura.

—Ataca el vigor físico y hace temblones a los que de él abusan.

—Las dentaduras se estropean con el tabaco, de tal manera que en algunos casos llegan a ser repugnantes.

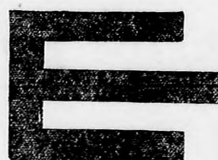
—Envenena la sangre y debilita todos los órganos del hombre.

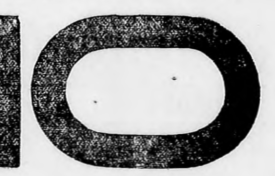
—Por él hace el hombre los mayores sacrificios, y a veces se gasta sumas en comprarlo que debiera emplear en satisfacer las más apremiantes necesidades de su familia.

—Hace necesario el empleo de licores fuertes, que luego conducen a la enajenación.

—Degenera la raza humana.

—Con el uso y abuso del tabaco el hombre marcha a pasos agigantados hacia su propia ruina y la de sus familiares.



SERGIO

Estudiando a Nietzsche, Sergio Petrovich había sido impresionado especialmente, por la idea del superhombre y por todo lo que el filósofo dice de los espíritus fuertes, libres y audaciosos. Sergio Petrovich conocía mal el alemán y, habiéndolo estudiado solamente en la escuela, le costaba gran trabajo el traducirlo. En ello se hacía ayudar por Novikof, un compañero de la Universidad, con el que compartía la habitación desde hacía ya diez y ocho meses, el que poseía a fondo la lengua alemana y tenía muy desenvueltas sus nociones de filosofía. Pero en octubre de 189.., cuando la traducción de "Así hablaba Zaratustra" estaba casi terminada, Novikof fué expulsado de Moscú a causa de ciertos escándalos.

Reducido a sus propias fuerzas, Sergio Petrovich no avanzó sino muy lentamente, lo cual no le atristaba apenas, pues se contentaba con las páginas leídas y comprendidas, las que sabía de memoria en el texto original. Para él, los aforismos perdían su fuerza en la traducción por buena que ésta fuese; se hacían demasiado sencillos, demasiado comprensibles, y dejaban entrever el fondo del misterioso abismo. Pero ante los trazos de la escritura gótica veía él, en cada frase, tanto a su sentido recto, cierta cosa que las palabras no daban; la trasparente profundidad se velaba y convertía en infinita. Algunas veces se decía que si un nuevo profeta apareciese en la tierra, debería hablar en lengua extraña a fin de ser por todos comprendido. El no tradujo, pues, el fin del libro, la sola obra de Nietzsche que Novikof le había dejado.

Sergio Petrovich cursaba el tercer año en la Facultad de Ciencias Naturales. Sus padres, sus hermanos y hermanas vivían en Smolensko. Su hermano mayor era médico; tenía una gran clientela; pero no podía ayudarle porque estaba casado y tenía hijos. Sergio Petrovich tenía quince rublos al mes para vivir, lo cual le bastaba porque comía en la cocina gratuita de los estudiantes, no fumaba y apenas gastaba en beber. Antes de la marcha de Novikof, los dos amigos se emborrachaban frecuentemente; pero Sergio Petrovich no empobrecía por ello, porque era Novikof quien le convidaba con el producto de lecciones bien retribuídas. A Novikof, cuando estaba borracho, le gustaba subirse a los árboles de las calles. Una vez Sergio siguió su ejemplo: el Juzgado de paz los condenó a diez rublos de multa. Novikof pagó por los dos. Esto no extrañó a nadie; la intimidad de sus relaciones lo hacía muy natural, incluso para Sergio Petrovich. Además a éste le era preciso resignarse a ello, falto de dinero como de otras cosas más.

Así, pensando en su vida, Sergio Petrovich se decía que debía aceptarla también, con sumisión. No era horrible, sino feo, como lo son centenas y millares de personas. Una nariz chata, unos labios gruesos y una frente estrecha le hacía semejante a tantos otros hombres y quitaba a su cara toda personalidad. Como se arreglaba a ciegas, no se miraba al espejo sino muy rara vez, pero cuando lo hacía examinaba largamente sus ojos y los encontraba parecidos al puré de guisantes, en el cual se puede hincar un cuchillo sin encontrar la menor resistencia. En este aspecto, como en otros muchos, se diferenciaba de su amigo Novikof, que tenía ojos audaces y penetrantes, una frente alta y un bello rostro de armonioso óvalo. Y Sergio Petrovich consideraba como una desgracia más el gran torso que soportaba a su fea cabeza; acaso por esta razón él doblaba su espalda como un viejo.

Pero lo más penoso para Sergio era el no ser considerado como inteligente. En el Instituto, los profesores lo encontraron bestia y expresaron abiertamente su opinión, sobre todo en las clases de los años inferiores. Un día que dió una respuesta estúpida, el capellán le había llamado imbécil de Smolensko y de Moquilof", y aunque este título malsonante no se le quedó, y aunque servía para designar en general a todo estudiante bobo, el muchacho no se olvidó del origen. De toda la clase, él solo quedó sin sobrenombre: todos, profesores, alumnos y guardianes, le llamaban por su verdadero nombre: "Sergio Petrovich". No había nada en él que sirviese de pretexto a un espiritual remoquete.

En la Universidad, los estudiantes, que gustan de clasificar el grado de capacidad de sus compañeros, le colocaron de rondón en la serie de los seres limitados. El lo adivinaba, sin que hubieran osado decírselo, porque nadie le hacía sino preguntas indiferentes. Se le hablaba siempre en tono de broma. Pero si Novikof llegaba, la conversación se desenvolvía en seguida por entre serios temas. Al comienzo, Sergio Petrovich protestó a su manera de la opinión que de él se tenía; probó a hacer, decir o excitar la risa. Entonces se convenció de que carecía de talento, y si el mundo entero se hubiese puesto a decir que era un genio, él hubiera dudado del mundo entero. Y no estaba en el poder de nadie conocer lo que Sergio Petrovich sabía por sí mismo: podía oírsele expresar un pensamiento inteligente, pero nadie llegaba a adivinar si lo había robado o si su espíritu lo había asimilado a virtud de un trabajo tan intensivo que le había puesto su marca propia. Lo que los otros comprendían sin fatiga costaba a Sergio mil esfuerzos, y aunque su memoria lo conservase con rasgos indelebles, ese saber le era como extraño, indigesto, parecido a un libro que le hubiese caído en la cabeza hiriéndole con sus aristas. De hecho, Sergio Petrovich veía siempre y distintamente, al lado de un pensamiento la página en la cual lo había leído, y cuando la página faltaba sabía que los pensamientos eran suyos, es decir, simples, ordinarios, poco espirituales: se parecían a otros millares de pensamientos en la tierra, como su cara se parecía a millares de cosas. Aunque le fué difícil llegar a esta comprobación, sin embargo Sergio Petrovich llegó a ella y en comparación de esto eran de poca importancia su falta de talento, su mala salud, su torpeza y su falta de recursos económicos.

Sin que él se percatase de ello, Sergio Petrovich se hizo soñador, ingenuo, superficial. Tan pronto se figuraba que habiendo ganado doscientos mil rublos se marchaba a viajar por Europa(pero a partir del momento en que se sentaba en el vagón, ya no podía representarse nada, porque carecía de imaginación), tan pronto soñaba con un milagro que le hacía de pronto bello, inteligente y atrayente. Al salir del teatro, hubiera querido ser cantante; después de una lectura, sabio; después de una visita al Museo de Pinturas, aspiraba a ser artista; y constantemente el fondo del cuadro estaba formado por la multitud, por "ellos", Novikof y los otros, que se inclinaban ante su belleza y su talento y los volvía dichosos.

Cuando Sergio Petrovich, la cabeza abja y cubierta con una deslucida gorra, se encaminaba con largos e inciertos pasos al refectorio, nadie hubiera pensado que este estudiante ruin y miserable, de cara vulgar, reunía en sí todos los dones. En la mesa ocupaba poco sitio, trabajaba rápidamente su escasa comida y volvía la mirada hacia otra parte cuando un estudiante conocido pasaba ante él, buscando un sitio libre con los ojos. Temía todos los encuentros, porque no sabía de qué hablar, y el silencio le incomoda. Sus ensueños, frecuentemente repetidos, tomaron un matiz de realidad, y cuanto más se representaba Sergio Petrovich lo que hubiera podido o querido ser, tanto más difícil se le hacía resignarse al hecho cruel que forma la vida.

También, insensiblemente, Sergio Petrovich se desasió del mundo, y fué él quien menos lo receló. Impelido por el instinto de sociabilidad desenvuelto en el Liceo, tomaba parte en todas las organizaciones de estudiantes, frecuentaba con regularidad las reuniones, conocía a los oradores, bromeaban con los compañeros; votaba a veces, cuando había discusión; pero se abstenía generalmente, porque no podía juzgar de qué lado estaba la verdad en un tan corto lapso de tiempo; por lo demás, era casi siempre de la opinión de la mayoría. Sergio Petrovich hacía también visitas y se emborrachaba de acuerdo con los huéspedes y los invitados. Entonces cantaba con ellos, con una rugiente voz de bajo profundo, les abrazaba y luego iba a casa de mujeres públicas. Estas eran las únicas que conocía, y no las veía sino cuando había bebido: cuando estaba ayuno no le inspiraban sino desagrado y temor... No buscaba la compañía de mujeres puras y honestas, teniendo la certeza de que ninguna le amaría. Conocía a algunas estudiantes; pero se ponía rojo cuando le saludaban, y ellas no conversaban nunca con el joven limitado y feo, aunque supiesen, como todo el mundo, que se llamaba Sergio Petrovich. Y era de forma, que no pertenecía al número de estudiantes solitarios, que llevan una vida sombría, ocultos a todos, no apareciendo nada más que en el momento de los exámenes, cargados de una multitud de manuales, y cuyo aspecto tiene siempre un algo de desconcierto: pero, en realidad, ninguna ligadura viva le unía a los hombres ni hacía para él la sociedad indispensable ni aun agradable. El no amaba a ninguno de aquellos con quienes bebía y bromeaba.

Cuando no soñaba ni trabajaba, Sergio Petrovich leía sin discernimiento, por pasar el tiempo simplemente. No amaba, sin embargo, la lectura. Los libros serios le repugnaban, porque no los comprendía enteramente; las novelas le parecían tan tristes como la vida; en cuanto a otro género de obras, las veía mentirosas y ficticias como sus sueños. El podía figurarse que ganaba millones, pero si semejante aventura ocurría a un heroe de novela le parecía ridícula y le enfadaba. Más que otras le hacían sufrir las novelas rusas, porque sentía que él era una de esas ínfimas criaturas, enquiladas por la vida, de las cuales hablan esos gruesos libros tristes y verídicos. Solo dos obras le habían conquistado: las releía en los días de tristeza y de fastidio, cuando el otoño, plañidero y suspirante, oprimía su alma. La una era "Ochenta mil leguas de viaje submarino", de Julio Verne. La fuerte y primitiva personalidad del capitán Nemo, que, oculto en el fondo de los abismos oceánicos, desprecia la tierra y los hombres, le seducía fuertemente; pero él no lo confesaba a nadie. El otro libro era "Por un fraile no se pierde un convento", de Spielhagen. Le gustaba hablar de ésta con sus compañeros y se sentía alegre cuando se ponían de acuerdo en admirar al noble déspota León.

Más adelante, siguiendo el consejo de Novikof, que había notado el amor de su amigo por los grandes hombres, Sergio Petrovich se puso a leer biografías de personajes célebres: pero a cada página pensaba que él no se les parecía en nada, y cuanto más avanzaba más aumentaba la impresión de la desemejanza.

Así fué como vivió Sergio Petrovich hasta los veintitres años. Había naufragado en el examen de Física del segundo trimestre; desde ese momento se había puesto a trabajar con asiduidad, y el tiempo pasaba rápido en el abrazo de hierro del trabajo. Poco a poco las tristes reflexiones que Sergio Petrovich hacía sobre su fallida vida perdieron su asiduidad, se acostumbró a la idea de no ser sino un hombre común de una inteligencia limitada. Su cerebro de estudiante estaba en el límite de la idiotez con la inteligencia: así podía ver distintamente los dos lados: aquí la nobleza suprema del espíritu fuerte; allá la bajeza vil de la vanidosa idiotez dichosa tras las espesas murallas del cráneo, indomable como una fortaleza. Frecuentemente Sergio Petrovich miraba de este lado y veía que había muchos peores que él, comprobación que le llenaba de alegría. Ahora no leía tanto, y comenzó a beber aguardiente, no como otras veces, en grandes cantidades y de tarde en tarde, sino por vasitos pequeños, antes de comer y cenar, lo que le agradaba más, porque así se sentía alegre y dispuesto, no experimentando el fastidio de los días de fiesta.

Después vivió en Smolensko su primera novela de amor, ridícula a los ojos de sus compañeros, más poética, bella y nueva para él. La heroína fué la muchacha que escardaba los platabandas del jardín. Era fea, buena y sin ninguna inteligencia. Sergio ignoraba por qué ella le quería, y hasta la despreciaba un poco a causa de este amor; pero las citas misteriosas en el fondo obscuro del jardín, los cuchicheos, el miedo de una sorpresa, todo esto le encantaba. En otoño, cuando él retornó a Moscú, ella lloró y él se sintió otro hombre: se sentía bravo y contento de sí mismo. Así él no estaba por bajo de otros; él también conocía una mujer que le amaba, sin dinero por medio, y que lloraba al despedirle. Como muchas gentes, Sergio Petrovich no pensaba que vivía: cesó de observar la vida, que corría parecida a un arroyo fangoso, obstinado y banal. Más algunas veces se despertaba como si saliera de un profundo sueño, y veía con terror que era siempre el mismo ser mezquino e inútil. Entonces pensaba en el suicidio durante noches enteras, hasta que a la rabia contra sí mismo sucedía una compasión sumisa y apacible. Después la vida lo tomaba de nuevo, y él se repetía una vez más que esto era un hecho al cual era preciso resignarse.

Fué precisamente en esta época, en la que la resignación se hacía próxima y posible, cuando amistó con Novikof. Los otros estudiantes no comprendieron esta extraña amistad, porque Novikof era considerado como el más inteligente y Sergio como el menos de toda la nidada.

Más tarde pensaron que Novikof, instigado por el orgullo y la vanidad, quería tener un espejo que reflejase su brillante espíritu, y se rieron de que el espejo elegido fuese tan ordinario, tan deforme. Cuando Novikof afirmó que Sergio Petrovich no era tan estúpido como se le creía, pensaron que esta opinión era sugerida por el propio egoismo. Puede ser que ello fuera así; y en todo caso, Novikof tuvo bastante tacto para no exagerar las manifestaciones de su superioridad, y Sergio Petrovich le amó. Este era el primer hombre por quien él sintió afecto, el primer amigo que le había dado la vida.

Estaba orgulloso de Novikof; leía los mismos libros que él; le seguía, como su sombra, a los restaurantes; se subía con él a los árboles, dichoso de la suerte que le permitía ser amigo de un hombre predestinado a grandes cosas.

Con respetuosa sorpresa asistía al trabajo del ágil espíritu de Novikof, que estudiaba una tras otras las cuestiones filosóficas, históricas y económicas, e iba con audacia adelante. Sergio Petrovich procuraba en vano seguirle, y cada día era más grande la distancia que los separaba.

Y fué un día terrible aquel en que Sergio Petrovich comprendió que le era imposible ahogar su "yo" en otro "yo" profundo y fuerte; el día en que comprendió que él estaba moralmente tan lejos de su amigo, con el que él vivía, como de todos los grandes hombres cuyas historias había leído. Nietzsche, que Novikof le reveló, le hizo todavía más sensible esta comprensión.

Después de haber leído algunas páginas de "Así hablaba Zaratustra" pareció a Sergio Petrovich que se había elevado un sol en la obscuridad de su vida. Era éste un sol sin destellos y sin calor, no alumbraba un cuadro de alegría, sino un desierto triste, frío y pesado: el alma y la vida de Sergio Petrovich. Pero esto siquiera era la luz, y ello regocijaba a Sergio Petrovich más que nada en el mundo.

En la época reciente de que hablamos, Nietzsche era poco conocido en Rusia; los libros y los periódicos no hablaban de él aun. Y este profundo silencio que rodeaba a "Zaratustra" daba a sus palabras importancia, pureza y poder, como si fuesen caídas del cielo. Sergio Petrovich no sabía nada de Nietzsche si era joven o viejo, muerto o vivo, él no pensaba en ello; veía delante de sí los pensamientos revestidos de la forma mística y severa de los caracteres góticos; y estos pensamientos, desasidos del cerebro que los concibió, despojados de todas las taras terrestres que habían acompañado su nacimiento, se le aparecían eternos y divinos. Como un joven clérigo, de ardiente fe, que recibió al fin la gracia divina largo tiempo esperada, Sergio Petrovich, ocultaba a todos sus nuevas doctrinas y sufría cuando manos sacrílegas y rudas tocaban en ello. Estas manos eran las de Novikof.

Algunas veces, por la noche, tras de haber traducido juntos los dos amigos algunos capítulos, Novikof se ponía a hablar. Sentado a la mesa, se expresaba en voz alta y clara, destacando, repasando cada palabra, no olvidando ni los acentos ni las pausas. Su gran cabeza de abombada frente, y pelada al rape, semejaba una pulida bola; su cuello era macizo y corto; su cara siempre pálida, y cuando Novikof era presa de una violenta emoción, sus dos esparrancadas orejas se ponían rojas como dos arambeles escarlata pegados a una amarilla bola de billar. Hablaba de los predecesores de Nietzsche; de los lazos de unión de su doctrina con las corrientes económicas, y sociales del siglo; afirmaba que Nietzsche tenía un avance de diez siglos en relación a su tesis fundamental del individualismo resumido en estas palabras: "¡Quiero!" A veces se reía del estilo nebuloso de la obra que padecía de afectación y Sergio Petrovich se esforzaba en vano en replicarle. Los razonamientos de Novikof le parecían muy espirituales; sabía que él jamás llegaría a hacerlos semejantes, pero no los conceptuaba conformes a la verdad. El creía comprender las palabras de Zaratustra con mayor claridad que su amigo; pero cuando quería comentar, no encontraba sino palabras banales y endebles, distintas por completo a las que él hubiera querido decir. Entonces se callaba, irritado contra su cerebro y su lengua incapaces de satisfacerle. Pero algunas veces Novikof, llevado por el ritmo de los discursos de Zaratustra, caía, cedía a la influencia de palabras sobreentendidas y declamaba con voz fuerte y clara, y Sergio Petrovich le escuchaba con beatitud inclinando su vulgar y fea cabeza; cada palabra se grababa en su entorpecido y duro cerebro.

Sergio Petrovich no supo exactamente en qué momento dejó de examinar tranquilamente los hechos, y resignarse a ellos. Era esto como si él hubiese prendido fuego a una mecha comunicada con un tonel de pólvora, la cual, ignorase si habría sido quemada mucho tiempo antes de la explosión; sin embargo, sabía que él había prendido el fuego. Esto era la visión del superhombre, este ser inaccesible, pero humano, que ha realizado todas las posibilidades de su espíritu, y que posee, de pleno derecho, la fuerza, la dicha y la libertad. Esta visión extraña era tan precisa para los oíos del corazón, que les hacía sufrir; pero en sus contornos era vaga, maravillosa e inaccesible, sencilla y real a un mismo tiempo. Sergio Petrovich examinaba su vida a esta luz brillante, y le parecía interesante y nueva, como una cosa familiar entrevista a los resplandores de un incendio. Miraba delante y detrás de él, y todo lo que veía semejaba a un largo corredor estrecho y gris, desprovisto de luz y de aire. Detrás, el corredor se perdía en los empañados recuerdos de una infancia sin alegrías; delante, se cegaba en la semiobscuridad de un porvenir idéntico. Y el corredor no presentaba ningún imprevisto y brusco rodeo, ninguna ventana abierta del lado del sol, ninguna salida que condujese cerca de los que viven, lloran y ríen. En todo el corredor, en torno a Sergio Petrovich, se deslizaban sombras grises de gentes sin risas y sin lágrimas que silenciosamente sacudían sus cabezas, criaturas estúpidas cuya cruel naturaleza se burlaba despiadadamente.

Mientras que Novikof estuvo en Moscú, Sergio Petrovich hizo a diario la misma faena; se comparaba al amigo en el cual creía ver un reflejo del superhombre. Examinaba su cara; sus movimientos, sus pensamientos, y se ponía rojo cuando Novikof sorprendía sus miradas estúpidas y atentas. Por la noche, Sergio Petrovich escuchaba la respiración dulce e igual de su amigo dormido, y se decía que él no respiraba de la misma manera. Y este hombre que dormía le parecía entonces enigmático, desconocido; todo, además, era un misterio: la respiración profunda, los pensamientos ocultos bajo la pared del cráneo, el nacimiento mismo de Novikof. Sergio Petrovich no podía comprender que hubiese allí, bajo un mismo techo, dos hombres tan diferentes en su vida como en sus pensamientos.

Sergio Petrovich no se atristó cuando Novikof fué expulsado de Moscú. Las veinticuatro horas de plazo que Novikof empleó en hacer sus maletas y jurar, pasaron rápidamente, y los dos amigos se fueron a la estación. No estaban borrachos, porque tenían poco dinero.

—Yo no habría debido darte Nietzsche —dijo Novikof, con la afectada cortesía que era una de las particularidades de sus relaciones que no le faltaba jamás, hasta cuando habían bebido, y se subían como colegiales a los árboles de las calles.

—¿Por qué, Nicolás Grigorievitch?

Novikof no contestó, y Sergio Petrovich añadió:

—Por lo demás, no creo que yo quiera ir más allá en esa lectura. Tengo bastante.

Sonó la señal de partida.

—Bien, ¡adiós!

—¿Me escribirás? — preguntó Sergio Petrovich.

—No, no me gusta sostener correspondencia. ¡Pero tú, tú me escribirás!

Tras un momento de vacilación se abrazaron, torpemente, no sabiendo cuántos besos era preciso cambiar, y Novikof partió. Entonces Sergio Petrovich comprendió que deseaba y esperaba desde hacía mucho tiempo el día de encontrarse a solas con Nietzsche, sin que nadie les incomodase. En efecto, desde entonces nadie les molestó en su muda comunión.

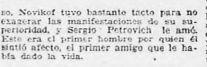
La vida de Sergio Petrovich cambió rápidamente en sus manifestaciones exteriores. Cesó de frecuentar las clases y laboratorios, y dejó a un lado la tesis que había comenzado sobre "las características comparadas de los hidrocarbonatos de género oleoso y los hidrocarbonatos de género aromático." No hizo más visitas a sus compañeros y pronto no apareció más por las reuniones.

Una noche los estudiantes fueron en pandilla a una casa pública. Allí encontraron a Sergio Petrovich, que, contra costumbres, no había bebido. Como antes enrojeció cuando la dieron la broma, y apenas bebió se puso a cantar y a hablar con pegajosa voz de un tal Zaratustra. Después lloró, dió un escándalo, llamó idiotas a sus compañeros y afirmó que él era un superhombre. Después de esta hazaña, que excitó las risas de toda la Universidad, Sergio Petrovich se eclipsó completamente durante cierto tiempo.

Jamás, desde que estaba en el mundo había trabajado su cabeza con tal tenacidad como durante esas largas noches y esos cortos días. Su anémico cerebro no le obedecía, y allí donde buscaba la verdad no encontraba sino fórmulas frases, las acostumbradas opiniones. Estaba agotado, fatigado; tenía aire de un caballo que lleva por la montaña un pesado fardo, que cae de rodillas y le avivan de un restallante y brutal trallazo Este trallazo era la visión, el espejismo del superhombre, de aquel que posee de pleno derecho la fuerza, la dicha y la verdad. Por momentos una densa niebla envolvía los conceptos del joven estudiante; pero la luz del superhombre la disipaba y Sergio Petrovich veía claramente su vida como si hubiera sido dibujada o contada por otro hombre diferente a él. No había pensamientos lógicos, estrictos, expresados por palabras, sino visiones.

Veía un hombre que se llamaba Sergio Petrovich, para quien todo eso que hace la vida amarga o dichosa, pero profundamente humana, era inaccesible. La religión, la moral, la ciencia y el arte no existían para él. En lugar de la fe, que mueve las montañas, no había en él sino una amalgama donde se enredaban supersticiones mezquinas con el hábito de ceremonias de culto. No era bastante osado para negar a Dios, ni lo bastante fuerte para creer en El; no tenía ningún sentimiento moral, no amaba a los hombres, no podía gustar la dicha suprema, la más grande que en la tierra existe, que es la de trabajar por su prójimo y sacrificarse por él. Pero no podía odiar; odiarle tampoco. Jamás él se hundiría en la gozosa y ardiente lucha contra su semejante; jamás tendría él la demoníaca alegría de hollar con sus pies lo que como sagrado considera el mundo entero. No podía elevarse bastante alto, ni caer bastante bajo, para la vida y para los hombres, saltando por encima de la ley, dictándose a sí mismo la norma, poniéndose con ella fuera de todo lo que es deber o creencia para la masa. Sergio Petrovich leía en los periódicos relatos de crímenes, de robos, de violencias, y cada vez se decía: "Yo no lo hubiera podido hacer". En la calle, se encontraba gentes caídas en lo más profundo de los mares sociales, y entonces también se decía: "Yo, no hubiera podido llegar así." A veces, oía hablar de hombres heroicos que van a la muerte por una idea y por amor, y él pensaba: "Yo, no hubiera podido hacerlo". Y envidiaba a todo el mundo, a los criminales como a los héroes, y las despiadadas y justas palabras de Zaratustra tintineaban en sus oídos: "Si no tienes éxito en la vida, si un gusano venenoso te roe el corazón, sabe que la muerte te liberará".

Sergio Petrovich no sentía la necesi-



"Una vez escrita la carta, Sergio bebió el veneno"



"Sergio Petrovich, tenía 15 rublos al mes para vivir"

PETROVICH

por Leonidas Andreiev

dad de hacer el mal; él quería ser bueno. Ese deseo le era sugerido por los hombres, y era fuerte, pero estéril y doloroso, lo mismo que la sed de luz en un ciego de nacimiento. Pensaba en su porvenir, y no encontraba lugar para bien. Cuando saliera de la Universidad, Sergio Petrovich debía entrar en una administración; más pensándolo bien no podía alcanzar qué bien haría él en el ejercicio de sus funciones. Se decía que sería laborioso, complaciente, honrado. Se veía ascendiendo, en un orden severo y estricto, por la escala jerárquica; después, llegado a un grado medio, se pararía, destrozado por los años, la miseria y las enfermedades. Comprendía que su mérito sería reconocido, a pesar de las crueldades de la vida, y que festejaría su treinta aniversario de servicios, como su padre lo había hecho poco tiempo antes. En este aniversario se pronunciarían discursos y él los escucharía llorando de enternecimiento, como su padre, y, como él, abrazaría a otros jubilados, pasados o futuros, viejos y raídos por la vida. Después moriría con el pensamiento de dejar tras sí una docena de niños parecidos a lo que el mismo hubiera sido, y que el "Diario de Smolensko", en un corto artículo necrológico, daría la noticia de la muerte de un "trabajador honrado y útil" y este homenaje póstumo parecía a Sergio Petrovich amargo y doloroso como un golpe de matraca sobre la carne desnuda. Era doloroso, porque queriendo decir una agradable mentira, no se había expresado sino una ofensiva e indiscutible verdad. Y Sergio Petrovich pensaba que si las gentes comprendieran siempre lo que su lengua dice no osarían hablar de utilidad, ni ofender a hombres ya insultados por la vida.

El no comprendió de golpe en qué consistía su utilidad. Mucho tiempo se contrajo su cerebro aplastado por un peso que sobrepasaba sus fuerzas. Al fin la niebla se disipó bajo los rayos luminosos de la idea del superhombre, y el insoluble problema se hizo claro y simple, Sergio Petrovich era útil por muchos conceptos. Por sus particularidades físicas era útil para el comercio, como "un cualquiera", anónimo, que compra zapatos, petróleo, azúcar, y con el cual la masa construye palacios para los fuertes de la tierra; él era útil para la estadística y la Historia, como una unidad anónima que nace y muere, y sobre la cual se estudian las leyes de la población; él era útil también al progreso, porque tenía un estómago y un cuerpo friolento, para el que trabajaban millares de ruedas y telares. Y mientras más miraba en su torno, por las calles, más examinaba y más evidente se le hacía su utilidad a Sergio Petrovich. Desde luego se interesó en este descubrimiento, y un nuevo sentimiento de curiosidad le invadió al pasar delante de las lujosas casas y de los ricos trenes. Iba con más frecuencia en tranvía por ser útil a alguien, gracias a los cinco copecks que gastaba así; pero muy pronto se irritó ante la idea de que no podía dar un paso sin ser útil a alguien, porque su utilidad no dependía de su voluntad.

Entonces se encontró aún, otra clase de utilidad, la más amarga y ultrajante de todas, que le hacía enrojecer de vergüenza y le exasperaba. Era la del cadáver sobre el que se estudian las leyes de la vida y la muerte, la del ilota a quien se emborracha para apartar a la juventud de la bebida. A veces Sergio Petrovich, en las noches de este período de interior confusión, se representaba los libros que se escribían sobre él o sobre aquellos que se le parecían. Veía distintamente las páginas impresas, muchas páginas impresas, y su nombre se encontraba en ellas. Veía a los que escribían esos libros, amontonando dinero, felicidad y gloria, sirviéndose de él, Sergio Petrovich. Unos contaban que había sido lastimoso, inútil e incapaz; no reían, no se burlaban de él, no, se esforzaban en representar artísticamente su miseria o su alegría, tan bien, que los lectores, llorando de enternecimiento, exultasen de felicidad. Con el ingenuo egoísmo de los fuertes y los ricos que habían a iguales, intentarían probar que hay algo de humano hasta en seres parecidos a Sergio Petrovich; demostrarían que esos seres sufren también cuando se les golpea y que son dichosos cuando se les acaricia. Y si esos escritores tenían talento se elevarían monumentos en su honor, cuyos pedestales parecerían ser de granito, pero que en realidad estarían constituídos por incontables Sergios Petrovich. Otros autores hablarían también de Sergio Petrovich para compadecerle; pero no le conocerían sino por los relatos de los primeros, y se esforzarían en saber de dónde venían gentes como esas, a dónde iban y lo que era preciso hacer para que no existiesen más.

"Yo soy útil al capitalista como un obscuro elemento de sus riquezas; al escritor como uno de los escalones de su pedestal; al sabio, como el espacio que le acerca a la verdad; al lector, como sujeto de ejercicio de buenos sentimientos; he aquí para lo que soy bueno", concluyó Sergio Petrovich. Y su alma experimentó la vergüenza y la sorda rabia del hombre que durante mucho tiempo no ha comprendido que se burlaban de él y que, al volverse bruscamente, nota las sarcásticas sonrisas y los gestos burlones. La vida, a la cual se había resignado como a un hecho le miraba con ojos profundos, fríos, serios y horriblemente incomprensibles en su severa simplicidad. Todo lo que hasta entonces había fermentado en él, y se había manifestado en vagos sueños, con la angustia de lo indefinido, se puso a hablar con poder y fuerza. Su "yo", que él consideraba como verdadero, solo e independiente de su endeble cerebro, del blando corazón, se rebeló y exigía todo lo que tenía derecho a poseer:

—¡Yo no quiero ser el mudo instrumento de la felicidad de otro; yo quiero, yo mismo, ser dichoso, fuerte y libre, y tengo a ello derecho!

Así era como Sergio Petrovich expresaba el oculto pensamiento que se encuentra en muchas cabezas y hace desgraciados, pero que se expresa rara vez y con tanta pena.

Pero en el momento en que pronunció esa frase clara y precisa, comprendió que acababa de condenar al que se llamaba Sergio Petrovich, y que no podría nunca ser fuerte y libre. Y se rebeló contra la Naturaleza que lo había desfigurado, se rebeló como un esclavo que tiene el cuerpo lleno de sangrientas llagas causadas por las cadenas, pero que durante mucho tiempo no ha comprendido el carácter humillante de la servidumbre y ha soportado humildemente los golpes de los guardianes. Era éste un sentimiento parecido al del caballo, al cual un milagro hubiera dado una conciencia y un espíritu humanos, y que le faltan fuerzas para resistir. Y cuanto más violentos, fuertes y despiadados eran los golpes de la fusta, más crecía el furor de la rebelión.

Fué en esta época cuando Novikof recibió una carta de Sergio Petrovich, la primera, muy larga y poco comprensible, porque su pluma no era capaz de traducir en pensamientos y palabras todo lo que él veía claramente en su espíritu. Novikof no contestó a la carta porque no le gustaba sostener correspondencia, y porque las lecciones, los libros y las borracheras le ocupaban todo el tiempo. A un amigo que le acompaña a los "cabarets" le habló de Sergio Petrovich, de la carta, de Niestzche, y luego se burló del filósofo que, amando tanto a los fuertes, se convertía en el profeta de los débiles y pobres de espíritu.

La primera consecuencia de esta rebelión fué que Sergio Petrovich volvió a caer en los vanos sueños que había casi olvidado. Pero no los reconoció; tanto los había transformado la conciencia de su derecho a la felicidad; y desesperado de encontrar en sí mismo un hombre, Sergio Petrovich se preguntó si él hubiera podido ser dichoso, aun en esas condiciones. ¡La felicidad es tan diversa y vasta! Quien no la puede encontrar en una cosa, la descubre en otra diferente. Y la respuesta que se hizo Sergio Petrovich le obligó a rebelarse contra los hombres como se había rebelado contra la Naturaleza.

Sergio Petrovich vivía cerca del restaurant gratuito de la Universidad, en una casa grande, de cuatro pisos, toda ella alquilada a estudiantes y otros huéspedes. Sergio tenía una habitación pequeña, pero limpia, y sus vecinos eran gentes sobrias y tranquilas, de modo que él podía trabajar y pensar sin ser perturbado; el solo inconveniente de la habitación era el humo que venía de la cocina por las mañanas. Sergio Petrovich abandonó el estudio, y durante días enteros estuvo vacía y triste las habitacioncilla.

Andaba mucho, sin resentirse de fatiga, y su largo cuerpo, coronado por una vieja gorrilla, podía verse por todas las calles de Moscú. En un bello día, frío, pero con sol, el estudiante trepó a la colina de los Gorriones y desde allí miró largamente la ciudad, envuelta en una rosada neblina, la cinta resplandeciente del río y los jardines. La marcha y la vista del paisaje aliviaba el trabajo del pensamiento lo mismo que un dibujo ayuda, a los espíritus débiles, a comprender un texto. Como propietario arruinado, presa de cálculos sombríos, que diese, por última vez, vuelta a sus dominios, Sergio Petrovich resumió sus pensamientos. Todo lo que veía en su torno le decía que para él, también, hubiera sido posible una relativa felicidad; pero que jamás la realizaría, jamás.

Sergio Petrovich no podía ser dichoso sino de una manera: teniendo lo que deseaba en la vida y deshaciéndose de lo que aborrecía. No creía en las palabras de Hartmann, el filósofo rico, que afirma que la posesión de lo que se desea es una ilusión, y pensaba, con Novikof, que la teoría del pesimismo ha sido inventada para engañar y consolar a los que están privados de lo que los otros poseen. El estaba seguro de saber hacerse feliz si le diesen dinero, es decir, esa moneda de libertad que anda por el mundo y que los esclavos fabrican para sus amos.

Sergio Petrovich era laborioso, pero no amaba el trabajo y sufría su yugo porque nunca le había proporcionado satisfacción. En el Liceo su labor consistió en aprender cosas poco interesantes, indiferentes, hasta contrarias a su razón y su conciencia, que hacían los estudios más penosos. En la Universidad su trabajo era fácil, más inteligente, pero no satisfacía más el frío espíritu del joven, y las lecciones que daba a los del Liceo no eran sino el desquite de las que él había recibido y le molestaban igualmente. Su futura labor de funcionario le prometía el mismo fastidio gris y humilde.



"Donde Sergio descansab a haciendo escopetas de caña para sus hermanitos..."

Era solamente en el verano, en su casa en Smolensko, donde Sergio Petrovich descansaba haciendo escopetas de caña para sus hermanitos, arreglando los bancos y setos del jardín, escardando las platabandas, cavando la esponjosa y fértil tierra con una azada que brillaba. Y era éste un trabajo alegre y agradable, pero no era el que le había destinado su nacimiento y su educación de hijo de funcionario.



"Cuando salió de la exposición y se encontró de nuevo en la calle"

Hay personas que sufriendo la disparidad existente entre sus capacidades y el trabajo a que se dedican, rompen las trabas, van hacia donde quieren y se hacen pastores, obreros o vagabundos; pero estos seres fuertes y audaciosos son raros. Sergio Petrovich se sentía débil, tímido, dirigido por una voluntad extraña, como la locomotora a la que solo una catástrofe puede hacer desviarse de los carriles puestos por una mano desconocida. No solamente no podía abandonar sus trajes decentes, su habitación y sus versos, para errar cubierto de andrajos por las grandes rutas o conducir una carreta, sino que era hasta incapaz de representarse esas cosas. El primer paso a dar para acercarse a la felicidad era el de manumitirse de un trabajo desagradable y sin interés. El tenía derecho a esta libertad porque veía muchas personas, del mismo origen que él con nervios y cerebro, que no trabajaban y hacían lo que les agradaab.

"Yo también, yo tengo el derecho de tener lo que los otros", pensaba Sergio Petrovich en este período de su rebelión contra la Naturaleza y los hombres.

El tampién hubiera encontrado ocupaciones interesantes. La principal hubiera sido el estudio de la Naturaleza, no de sus misterios más profundos — era preciso tener espíritu para ello — sino el conocimiento inmediato por los ojos; por el olor, por todos los sentidos. Sergio Petrovich amaba la Naturaleza viviente con tierno amor, hasta apasionado, aunque celosamente oculto. Solo Novikof lo había adivinado. Una brizna de yerba en primavera, el blanco tronco de un abedul, alzándose de la olorosa tierra, con ramitas negras y finas adheridas a la delgada corteza, atraían sus miradas y regocijaban su corazón. El no comprendía por qué amaba ese suelo negro que le daba tristeza, pero en primavera, cuando notaba el primer trozo de tierra, libertado de la fría y muerta nieve, que parecía respirar al sol, entonces le hubiera dado un largo y ferviente beso como a una mujer amada. Y condenado a pasar toda su vida en una estrecha caja rectangular, en una calle polvorienta y llena de ruídos, bajo el recio cielo de la ciudad, envidiaba a los vagabundos, que tienen las estrellas por guardianes de su sueño, que saben y ven tantas cosas. El, él no había visto nada en su vida y nada vería, excepto abedules, tallos de yerba, arroyos poco profundos y montículos. Había leído descripciones, sin duda exactas, de mares y montañas, pero su débil inventiva no podía crear vivas imágenes. Y hubiera querido ver con sus propios ojos si la mar es profunda e infinita, azul, verde y hasta roja; si es verdad que la recorren altas olas; que por encima hay blancas o negras amenazantes nubes. ¿Y las montañas eran verdaderamente tan elevadas, cubiertas de árboles y llenas de escarpas? ¿Tenían azulantes gargantas veladas por la niebla y nevadas cimas que brillaban bajo un cielo verdoso

¿Era verdad todo esto?

Un profundo y sibilante suspiro, que salió del fondo de sus pulmones empolvados, elevó el pecho de Sergio Petrovich, y en su fea cara se dibujó una sonrisa de gozo. Y envidió a los que tienen el mar y las montañas, todavía más que a los vagabundos.

Un día que erraba por la ciudad buscando entre la multitud los que eran libres y poderosos y los que eran por siempre esclavos. Sergio Petrovich vió el anuncio de un panorama de vistas estereoscópicas. Entró. Se exponían fotografías de lagos y montañas de Baviera y de los castillos del rey Luis. Las fotografías, iluminadas, pasaban delante de su ojos; tenían tanto relieve y vida que se sentía el aire y la azulada lejanía: brillaba el agua como si hubiera sido real, y los castillos y los bosques se reflejaban en ella. La blanca proa de un barco de vapor, clara y limpia, levantaba ondas espumosas y sobre cubierta había hombres, mujeres y niños vestidos con trajes de fiesta; parecían notarse las radiantes sonrisas de los rostros. Después, Sergio Petrovich vió un castillo cuyas torrecillas y almenadas terrazas brillaban por encima de la verdura del bosque y las cascadas. Detrás vinieron los salones majestuosos, adornados con infinitos cuadros, con reales colgaduras de terciopelo y pesados brocados; la luz que penetraba por los altos ventanales góticos jugueteaba en el "parquets". De espaldas al espectador había alguien, indiferente y calmoso, sentado a una ventana y miraba a lo lejos, allá donde se veían las cimas de las montañas y el cielo de azul claro. Sergio Petrovich examinó detenidamente al hombre sentado, y le pareció notar todo lo que "el otro" tenía bajo sus ojos: las selvas, las llanuras, el azuloso acero, los lagos...; sentía el aire puro y fresco que respiraba "el otro". Y se dijo que en esos magníficos salones, bajo esos techos suntuosos, sobre los anchos pisos, cerca de esas ventanas desde las que se ve la mitad del mundo, él no podría sentirse triste y con angustiosos pensamientos. Y vió una cosa muy importante y sorprendente: el hombre había dobiado la pierna bajo su cuerpo y mostraba la suela de su zapato, como Serbio Petrovich lo hubiera hecho en su lugar; ¡y este hombre podía recorrer las salas inmensas y respirar el aire vivo de la montaña! Bruscamente, tomado de un impulsivo movimiento de rabia impotente, Sergio Petrovich rechinó los dientes e hizo un movimiento, como si hubiera querido arrojar al abismo al hombre sentado; pero el cristal del lente le dió un golpe en la nariz y los ojos. Tuvo vergüenza al pensar que su furor era fingido y calculado, y que si se encontrara frente a aquel hombre, en la vida real, no se atrevería ni a tocarle con un dedo: él, que era tímido y apacible, que temblaba al ver matar una gallina y no era capaz ni de irritarse.

Cuando salió de la Exposición y se encontró de nuevo en una calleja estrecha y tortuosa, donde la nieve, blanda y hecha montones por los porteros, había sido de nuevo extendida por el paso de los trineos, sintió que no existe ninguna cosa a la cual el hombre deba resignarse.

Pensó en la música, en el arte bajo todas las formas que le eran accesibles y que hubieran podido elevar su vida, hacerla interesante y varia; en el amor de la mujer, donde se ahogaba su corazón. En el concierto, en el teatro, en la calle, veía mujeres bellas, elegantes y nobles, y él quería su amor. Se acordaba de una de ellas por haberla encontrado varias veces; soñaba en ella; pero ella no había nunca levantado los ojos hacia él e ignoraba su existencia. El recuerdo de la muchacha que escardaba las platabandas, que olía a estiércol y a sudor y le amaba, le era desagradable, lo mismo que la idea de mujeres vulgares que le amasen y le hablaran de dinero y de trabajo aborrecido. Deseaba con pasión, ser amado de esta criatura distinguida, cuyo nombre ignoraba, y que no sabía sus torturas ni las de sus semejantes. El no había tenido nunca dinero, y pensaba que la fortuna podía darle el amor; él no sabía nada del amor, y creía que una mujer podía darle la felicidad.

Fué en esta época cuando Sergio Petrovich fué encontrado por sus compañeros en una casa pública; de intento, no se había emborrachado para ver mejor lo que la suerte reservaba, en este mundo, a las personas como él.

Cuanto más estudiaba la vida Sergio Petrovich, tanto más la Naturaleza, que repartía sus dones al azar, se hacía débil e inútil a sus ojos. Otra fuerza poderosa y amenazante, el dinero, se levantaba ante sus ojos empañados. Ciego, desconcertado, se dijo que el dinero reinaba sobre la baja Naturaleza. Y su cerebro débil aceptaba el error y la esperanza renacía en su corazón. Sacó de su bolsillo un rublo de plata, le dió vueltas y más vueltas con un sentimiento de curiosidad y perplejidad extrañas, como si viese por primera vez esa pieza de metal brillante. No caían del cielo los rublos; Sergio Petrovich había ganado éste que tenía entre sus dedos; él podía ganar muchos más todavía, y entonces sería dueño de una fuerza poderosa, amo de la Naturaleza. Y como todos aquellos en que se despierta una esperanza, pensó, no en las probabilidades de verla realizarse, sino en lo que haría desde el momento de la realización. Sergio Petrovich tuvo algunos días de reposo. Se lanzó muy alto para volver a caer con más fuerza sobre la tierra y no volver a levantarse jamás. Admitió que tendría un millón, y se puso a soñar de la mar; de las montañas y de la mujer cuyo nombre no sabía y que ignoraba su existencia.

Le era imposible parar su pensamiento, que se había puesto a trabajar bajo los golpes de tralla de la visión del superhombre, de aquel que tiene de pleno derecho la fuerza, la dicha y la libertad. Y cuando esta imagen se levantaba ante los ojos fatigados de Sergio Petrovich, se asombraba de dejarse llevar como otras veces, hacia sueños cándidos e irrealizables.

Los caminos que conducían al dinero eran numerosos, pero todos estaban cerrados para él. No podía robar ni matar, porque una fuerza extraña guiaba sus actos, no su cerebro. El género de trabajo que le era accesible no podía darle la fortuna, y todo lo demás — el juego, la industria, los grandes cargos largamente retribuídos, el arte, el matrimonio con una mujer rica, todos los medios de hacerse rico en un día o en un año permitidos por la conciencia o por la ley — no existía para él. Y Sergio Petrovich, habiendo comprendido que el dinero no compensaba las injusticias de la Naturaleza, sino que las hacía más crueles aun, y que el mundo acababa siempre con aquel que la Naturaleza ha herido, ahogó sus esperanzas en la desesperación final y las tinieblas invadieron su alma. La vida le pareció una caja estrecha de sólidas y espesas barras que no tenía sino una salida.

Un nuevo período comenzó en la vida de Sergio Petrovich. No salía de su casa, salvo para ir al restaurán, poco antes de la hora de cerrarlo, a fin de no encontrarse allí con ningún estudiante conocido. Noche y día los pasaba tendido en la cama o paseando por el cuarto. Los vecinos y la patrona se habían acostumbrado al ruído monótono de sus pasos, semejantes a los de aquel que aguarda en la prisión: uno, dos, tres pasos adelante; después, uno, dos, tres pasos hacia atrás. Sobre la mesa había un libro, y aunque estaba cerrado y cubierto de polvo, una cerrada voz calmosa y despiadada salía de él.

"Si no tienes éxito en la vida, si un gusano venenoso te roe el corazón, sabe que la muerte te libertará".

Puesto que la victoria era imposible, se hacía preciso morir. Sergio Petrovich se decidió a ello, y pensó que su muerte sería un triunfo.

El pensamiento del suicidio no era para él una novedad; lo había tenido antes, como todo hombre cuya vida está llena de obstáculos; pero le había parecido entonces tan estéril y vano como sus sueños de riqueza. Ahora, por el contrario, su espíritu lo entreveía como una solución. No la deseaba — porque es imposible desearla — pero ella era inevitable e infalible. Una puerta de la caja se abría y poco importaba que condujese a lo obscuro y desconocido. Sergio Petrovich creía vagamente en otra vida y no tenía a ello miedo, porque no llevaría consigo sino su "yo" libre, independiente del cerebro débil y del blando corazón, mientras que su cuerpo vendría a ser presa de la tierra. ¡Que haya con ello un nuevo cerebro y un nuevo corazón! Y cuando se sintió en calma y presto a morir, experimentó, por primera vez en su vida, una alegría profunda y breve, una alegría de esclavo que rompe sus cadenas.

"Yo no soy un cobarde", se dijo Sergio Petrovich. Este era el primer elogio que se había tributado a sí mismo, y lo aceptó con orgullo.

Parecerá que la idea de la muerte debiera aniquilar todos los cuidados de la vida: ¿a qué ocuparse de un cuerpo en adelante inútil? Mas, Sergio Petrovich no era de esta opinión, y durante los últimos días de su existencia volvió a ser el hombre meticuloso, limpio y cuidadoso

(Continúa en la pág. 6)

Es Muy Interesante Observar las Fotografías del Esfuerzo Físico en sus Diversas Faces

Llega a la virilidad con el ardor y la energía de la plena juventud el que sabe emplear sus horas desocupadas en buenos ejercicios y excelentes sports, cuando muchos de los compañeros de colegio se encuentran ya viejos prematuros a pesar de sus treinta y cinco años.

Edmundo Maneuwier en su libro "L'education de la Courgevigie", en el capítulo titulado "Detention universitaire", dice: "Que se nos haga el favor de decirnos qué diferencia hay entre el régimen de nuestros internados y el de nuestros presidios más duros... Son la tropa, el claustro, ¿qué más diría? prisiones y prisiones horribles", y el autor no puede parecernos sospechoso, pues era agregado de Filosofía en la Universidad de Francia y antiguo álumno de la Normal.

Y esto viene a cuento por la detestable disciplina que imponen algunos métodos de educación, obligando al niño a permanecer en absoluta quietud veintidós horas de cada veinticuatro en la clase, durante el estudio; en el comedor se le exige una actitud "correcta" que no admite movimientos, ni gestos, ni aun cambio de expresión en la fisonomía.

Así durante el paseo escolar debe marchar en fila, como el militar en servicio, y en el paseo familiar lo vemos atenazado por la mano del padre que le priva de correr y escapar con sus amiguitos.

Estas líneas van dedicadas a vosotros hombres sedentarios que desconocéis hasta qué extremo puede llegar esta maravillosa máquina humana, tan complicada, tan admirablemente construída, apta para realizar ejercicios que vosotros, flores de estufa, habéis dado en llamar "proezas y exageraciones". Estas líneas van dedicadas a vosotros, que condenáis a los hijos al bárbaro suplicio de la inamovilidad, con pretexto de una falsa educación; a los que habéis impuesto a los niños hábitos de inacción y de silencio que están en pugna con sus necesidades y con sus impulsos.

Cuánta gente se asombra al leer en cualquier revista o periódico que un hombre ha recorrido a pie 27 kilómetros en una hora! Después de esa explosión de asombro, viene el comentario de suponer a quienes realizan tal proeza como hombres de otra raza y de otros mundos y llega a su apoteosis la admiración si se contempla el retrato del que ha llevado a término tal hazaña: es un jovencito delgado, casi escuálido, cuya figura maldito si revela una fortaleza y energía inconcebibles. Pues sí, lector inocente en estas andanzas; ese hombrecito esquelético, desnutrido, ha ejecutado lo mismo que tú podrías realizar si en vez de invertir tus ocios en resolver problemas de estrategia sobre la mesa de un café, fueras aficionado a ejercitar tus músculos en estas lides deportivas, disfrutando de una sana alegría y de un vigor poco común apenas seas iniciado en diversiones tan honestas y hombrunas.

¿Que cómo se llega a ejecutar tales proezas? Al término de un metódico adiestramiento, de un género de vida distinto al que por su desgracia lleva la mayoría de la juventud muy lejos del ambiente hediondo y abyecto del café, del tugurio, de la mancebía.

Estas divagaciones nos apartaron un momento del asunto que mejor dicho, debíamos haber hablado, de la fotografía del esfuerzo y a ello van enderezados los párrafos que siguen.

Ved reflejadas en los grabados las distintas actitudes del atleta; ved su faciez al comenzar la carrera; ver cómo, a pesar de la terrible huella que la fatiga deja en sus facciones, el hombre sigue aun impulsado por esas energías recónditas almacenadas no sabemos dónde reveladas únicamente en los campos de deporte, verdaderas escuelas de la actividad y del valor, donde el hombre se hace apto para la lucha y donde adquiere las cualidades, lo mismo en el orden físico que en el moral, que pueden asegurarle la victoria en la lucha por la existencia.

Sus músculos, sus pulmones, su organismo todo, adiestrado desde la infancia en el ejercicio a los deportes, le permiten, cuando llega a los veinticinco años, realizar proezas que asombrarán al mundo, a este mundo actual pervertido de espíritu y degenerado de cuerpo.

El inglés Alfredo Schrub, a los treinta y seis años gana el campeonato del mundo de aficionados a pie de resistencia haciendo los 42 kilómetros en dos horas treinta y dos minutos.

El nadador Willington, vencedor en la travesía de París, nadó, después de nadar en un trayecto de doce kilómetros.

Recordad la actitud del jugador de football, "esclavo de su deber", que aguarda imperturbable la acometida del delantero enemigo y cumple como buen soldado devolviendo el balón



1. El atleta Porter, estudiante de la Universidad de Pensilvania, saltando sin trampolín 1 m. 91 cm. — 2. Cuatro mascarillas que demuestran como la energía es más violenta en las carreras de velocidad, que en las de resistencia. — 3. El zaguero, a pesar de la formidable carga que el delantero le tira, no retrocede y devuelve el balón con imperturbable serenidad

SERGIO PETROVICH

(Continuación de la pág. 5)

que había sido antes. Se asombró de haber podido dejar su cuarto en desorden durante tanto tiempo, se puso a la faena y ordenó los libros en los estantes, como otras veces. En lo alto colocó la tesis comenzada — la cual heredó más tarde Novikof — y reservó un sitio especial para "Así hablaba Zaratustra". Ni siquiera abrió el libro; estaba del todo indiferente a la obra de Nietzsche, y no la había leído hasta el final, porque las anotaciones a lápiz no llegaban más allá de la mitad de la tercera parte. Acaso tuviese miedo de encontrar una teoría nueva e imprevista que aniquilara su largo y penoso trabajo.

Después Sergio Petrovich fué a bañarse. Nadó con delicia en el agua fría, y habiendo encontrado a un compañero de la Universidad, fué con él a beber una botella de cerveza. Vuelto a su casa limpio y sonrosado, se vistió una blusa de tela blanca y tomó el té, entreteniéndose en comer confituras de frambuesa. Luego pidió a la patrona hilo y un aguja, y se puso a zurcir su vieja y estrecha túnica, que se rasgaba constantemente en las axilas. Sergio Petrovich, la había arreglado más de una vez; sus gruesos e inhábiles dedos tenían la aguja con trabajo, la cual se perdía en la tela podrida.

La preparación del cianuro de potasio exigió algunos días. Cuando el veneno estuvo presto, el joven experimentó un placer en contemplar la redomita, pensando en la experiencia bien terminada, y no en la muerte encerrada en el frasco. La patrona, pequeña y de negros cabellos, mantenida, había sospechado la desesperada resolución del estudiante, porque se puso muy contenta al verle volver a su antigua vida laboriosa. Vino al cuarto de Sergio y charló mucho, asegurando que la soledad es de funestas consecuencias en los jóvenes, y contó la historia de un amigo suyo, un acomodado comisario de Policía, que su amor a la soledad llevó a la bebida, y ahora yacía en estado miserable y escribía cartas y súplicas por un vaso de aguardiente. Más tarde ella repitió la historia a todos los estudiantes que vivieron en su casa, agregando que ya ella había notado la similitud de la suerte de Sergio Petrovich y aquella de su amigo.

—Venga a tomar el te conmigo—dijo a Sergio Petrovich — venga usted sin pensarlo más, y ande, visite a sus compañeros; ellos no vienen a casa de usted porque usted no va a las suyas.

Sergio Petrovch siguió el consejo, y fué a casa de todos sus colegas, pero sin estar mucho tiempo en ninguna parte.

A continuación los estudiantes aseguraron que la naciente locura de Sergio Petrovich se manifestaba ya claramente, y se asombraron de no haberse dado antes cuenta de ello. Sergio Petrovich, que generalmente era tímido y silencioso hasta con los suyos, hablaba y bromeaba; se ocupaba de Novikof como de un igual, e incluso le tachó de superficial. Además estaba alegre y reía con frecuencia. Un joven estudiante llegó a afirmar que Sergio Petrovich había cantado; pero los demás tuvieron el dicho por exagerado. En desquite, todos estuvieron de acuerdo para decir que Sergio Petrovich había estado raro. No le había observado en el momento, porque en general, se hacía poco caso de él. A ese propósito algunos jóvenes condenaron la indiferencia y el egoísmo de sus compañeros, y promovieron una cuestión interesante: ¿Hubiera sido posible salvar a Sergio Petrovich de ese momento decisivo de su vida? Encontraron que la salud hubiera sido posible, no por la influencia de un espíritu más fuerte que el suyo, sino por aquella de un ser afectivo, de su madre o de una mujer que le hubiera amado. Se supuso que Sergio Petrovich, en los últimos tiempos, había sufrido un estado de entorpecimiento mental semejante al sueño hipnótico; que una idea fija, personal o sugerida, se había apoderado por completo de su voluntad, y hubiera sido imposible aniquilar esa idea con razonamientos; Sergio Petrovich no hubiera sido despertado sino por el amor. Un grito de su madre; la visión de un rostro bueno y caro, en el que cada arruga es familiar desde la infancia; las lágrimas, que incluso el más endurecido no puede ver sin conmoverse, todo eso hubiera podido volver al estudiante al sentimiento de la realidad. El era bueno y honrado; no hubiera osado dar un golpe de muerte al corazón materno y hubiera continuado en la vida, si no por sí, al menos por aquellos a quienes amaba. Muchas gentes de alma débil y decididas por el suicidio habían sido contenidas por la idea de que eran indispensables a los suyos, y habían vivido mucho tiempo agarrándose a la idea de que es necesario más valor para vivir que para morir. Y hasta los había que olvidaron el por qué quisieron matarse y que se dolían de la corta duración de la vida.

Algunos estudiantes reprocharon con violencia a sus compañeros su culpable indiferencia. Un telegrama de diez palabras, dirigido a la madre de Sergio Petrovich, hubiera podido conservar una vida humana. Otros, que ponían siempre en el primer plano el punto de vista social, fueron llevados, por ese suicidio, a preocuparse de la soledad de la juventud universitaria. En poco tiempo se abrieron varios círculos para remedio de la soledad moral de los estudiantes, círculos en los que se discutía de intereses comunes y donde se daban conferencias y lecturas sobre los problemas sociales.

Sergio Petrovich decidió matarse el viernes 11 de diciembre, mientras que muchos de sus colegas dejaban la ciudad e iban a sus casas a pasar las vacaciones de Navidad. En la mañana de ese día fué a Correos para certificar una voluminosa carta a Novikof a Smolensko, certificado del que guardó el recibo cuidadosamente en su cartera. Anunció su muerte y los motivos de su decisión, lo que dividió en varios epígrafes. Se hubiera dicho que hablaba, no de sí mismo sino de una persona extraña. Fué a comer al restaurant gratuito; estuvo mucho tiempo allí, hablando con los compañeros; en seguida se durmió con profundo sueño y no se levantó hasta las once. Le llevaron el "samovar", y los vecinos pudieron oír de nuevo el monótono ruido de sus pasos: uno, dos, tres hacia adelante; uno, dos, tres hacia atrás. Y cuando, ya bien entrada la noche, la criada vino por el "samovar", Sergio Petrovich se puso a hablar con ella como si sintiese temor de quedar solo. Estaba muy pálido, según el decir de la muchacha.

Sergio Petrovich no estaba en lo que le sucedió esta tarde, y que él sabía era la última de su vida. Estaba tranquilo y alegre por completo, y no pensaba en la muerte más que los días anteriores. Una o dos horas antes de tomar el veneno se puso a reflexionar. Sus pensamientos venían de lejos y eran como sordos y sin ilación. Uno de ellos se refirió a la patrona, que al otro día vería su cadáver y quedaría aterrorizada. El se preguntó qué postura tendría después de muerto. Después sus pensamientos volvieron a su infancia, a un tío suyo, muerto en casa de sus padres cuando él no tenía más de siete años. Pasando una vez por la antesala, el joven Sergio Petrovich echó una mirada al salón y vió la mesa donde a diario se servía la comida, y sobre la mesa dos plantas de pies, calzados con calcetines de hilo blanco, que le hacían cara. No estuvo allí sino un segundo; pero se acordó de ello durante toda su vida. Durante mucho tiempo se representó la muerte bajo la forma de plantas de pies con calcetines blancos. Después vió un entierro muy pobre y extraño, con el que se había cruzado en la calle hacía poco tiempo. Era extraño, en efecto, porque nadie le prestaba atención; ni los que pasaban, ni los cocheros, nadie parecía verlo, nadie se descubría. Cuatro hombres llevaban sobre una camilla un ataúd cubierto por un paño sombrío; iban tan de prisa que el ataúd parecía mecido por olas invisibles; un pico del paño mortuorio se levantaba por instantes. El entierro no iba acompañado por ningún clérigo ni pariente.

Cuando el pensamiento de Sergio Petrovich volvió sobre sí mismo era preciso, claro y agudo, como una hoja recién afilada. Durante un momento se agitó indeciso, examinando el apagado "samovar", escuchando el silencio, el tic-tac del reloj puesto sobre la mesa; y de pronto, como si hubiese encontrado aquello de que tenía necesidad, el pensamiento dibujó el cuadro de los funerales de Sergio Petrovich, un cuadro tan exacto, tan verdadero y tan terrible que Sergio se estremeció y sus manos se helaron. Después, el pensamiento, como la misma justeza despiadada y horrible, le mostró todo lo que seguiría: la negra sima de la tumba; el ataúd, estrecho y pesado; los verdosos botones del uniforme; la descomposición del cadáver. Una mano gigantesca parecía extender rápidamente ante Sergio Petrovich la vida y la muerte, en sus inexplicables colores. Se hubiera dicho que su cerebro era extraño a sus visiones.

Sergio Petrovich se despertó, se rehizo y le invadió un sentimiento tan extraño que quiso gritar. Miró con terror el frasquito y se alejó de él precipitadamente, como si temiese el ser obligado a beber el veneno.

Y en este instante tuvo más miedo de sí mismo que de ninguna otra cosa en el mundo. Miedo de sus manos y de sus pies que resistían. Retrocedió y todo su cuerpo se contrajo, queriendo lanzarse sobre el frasquito. Las venas y huesos de sus brazos, de sus piernas, de su boca, parecían llenos de un deseo apasionado e imperioso: tomar el frasco y tragar el contenido con delicia y avidez.

—¡No quiero! ¡No quiero! — murmuró Sergio Petrovich.

Tendió los brazos hacia adelante y retrocedió; pero le parecía que se acercaba a la redomita, que crecía ante sus ojos. Y cuando la puerta le contuvo, no vió nada más, dió un grito y un paso hacia adelante.

En este momento entró la criada y tomó el "samovar", que veía mal con sus ojos fatigados.

—¿Cuándo despierto a usted? — preguntó al salir.

Sergio Petrovich la retuvo y comenzó a hablarle; pero no escuchaba ni lo que decía ni las respuestas de la criada. Cuando se encontró solo de nuevo, la frase "¿cuándo despierto a usted?" quedó en su cerebro, se la repitió obstinadamente largo tiempo, hasta que encontró su sentido.

Comprendió que podía desnudarse y acostarse como todo el mundo; que mañana le despertarían, cuando el día viniera. Vendría infaliblemente el nuevo día y Sergio Petrovich viviría como todos, porque no quería morir y no moriría; nadie podía obligarle a tomar el frasquito y beberse el veneno. Tembloroso, cogió el frasco, lo destapó, sintió el olor de almendras amargas, después lo dejó lentamente, y con dudosa mano, en el estante detrás de un montón de libros. Ahora que había tenido el frasco entre sus dedos sin haber muerto se le había ido el miedo, y ya no se temía a sí mismo.

Cuando Sergio Petrovich se acostó en su cama, le pareció que su vida, salvada, se regocijaba hasta en las más pequeñas células de su cuerpo, tibio bajo el cobertor. Tendió los brazos, las piernas; creyó oír la sangre que cantaba con una vocecita alegre y dulce, dichosa de correr, en oleada roja y alegre, por las extensas arterias, dichosa de no ser una masa coagulada e infecta. La sangre llenaba el corazón, que cantaba también con ella y los dos dedicaban su himno a la vida.

¡Vivir! ¡Vivir!, pensó Sergio Petrovich plegando sus dedos dóciles y flexibles. ¡Qué importaba que fuese objeto de zumba y desprecio por todos! ¡Qué importaba ser el último de los hombres, una nulidad, un montón de barro que se sacude con el pie, si vivía! ¡Volvería a ver el sol, podría respirar, podría plegar y desplegar sus dedos! ¡Viviría! ¡Viviría! ¡Y era la vida tanta dicha y alegría! ¡Nadie podría quitársela, y continuaría mucho tiempo, mucho tiempo...., siempre! ¡un infinito número de días venideros encenderían su aurora y él viviría cada uno de ellos! Entonces Sergio Petrovich se acordió de sus padres, olvidados hacía mucho tiempo, y se asustó y enterneció. Con el pensamiento vió las arrugas por las que debían correr las lágrimas. Su corazón estaba desgarrado por un grito de alegría delirante: ¡Vivo! ¡Vivo! Y cuando se durmió, con ligero y alegre sueño, su última sensación fué la del gusto salado de las lágrimas que mojaban sus labios.

Helaba de firme y brillaba el sol cuando Sergio Petrovich se despertó. Al pronto no comprendió por qué su lecho estaba como todos los días y por qué vivía él, cuando debió morir la víspera. Le dolía un poco la cabeza, y su cuerpo estaba dolorido como si le hubiesen llenado de golpes. Poco a poco, pensamiento tras pensamiento, se acordó de todo lo que había pasado por su cerebro; pero no comprendió por qué había tenido miedo, ni qué había de terrible en aquellas cosas que conocía de mucho tiempo antes y que se había representado docenas de veces... Más, ¿puede ser de otra manera cuando el hombre muere? Evidentemente que se le entierra, y para ello es preciso cavar una fosa en la que el cuerpo se descompone. Consideró una vez más, con atención y desconfianza, las terribles visiones de la víspera; pero estaban pálidas y nebulosas, se borraban cada vez más, como los sueños, netos en el instante de despertarse y en seguida disipados por las impresiones del día y de la realidad. No había nada de terrible en el cuadro de la muerte, y la alegría de vivir le pareció incomprensible y salvaje.

La palabra del enigma era que él, Sergio Petrovich, no era sino un cobarde fanfarrón.

Se acordó de la carta enviada a Novikof, en la cual anunciaba su muerte como un hecho consumado, y enrojeció de vergüenza, y sintió que su resolución de morir era tan inquebrantable como la víspera, antes del acceso de miedo incomprensible y vil. El temor había desaparecido; solo la quemante vergüenza subsistía, y con todas las fuerzas de su alma torturada, Sergio Petrovich se rebeló contra su miedo, ese eslabón el más vergonzoso de su pesada cadena de esclavo. ¡La fuerza ciega e indiferente que había impulsado a Sergio Petrovich hacia fuera del abismo tenebroso de la nada había hecho una última tentativa para encadenarle a sus hierros, como un cobarde fugitivo, y lo había conseguido, al menos durante algunas horas!

La punzante vergüenza se hizo de mayor intensidad y su llama reducía a cenizas hasta el recuerdo del acceso de efímero terror. Y cuando la llama se extinguió, cesó el dolor sordo de su cuerpo, se hizo ligero, casi ingrave. El dolor de cabeza desapareció también y el cerebro se puso a trabajar con una insensata rapidez, con una fuerza y claridad febriles. Temblaban los labios de deseos de hablar, y palabras que Sergio Petrovich no había empleado jamás y que incluso no conocía, venían a su boca. Se decía que si continuaba viviendo se odiaría a sí mismo y que tendría que beber una copa de desprecio hacia sí, tan amarga, que hasta el veneno sería néctar en comparación. Su "yo", ese "yo" noble e independiente que había sentido durante un momento la gloria de la victoria y la alegría inconmensurable del triunfo del espíritu firme sobre la materia ciega, le mataría, si no lo hacía el veneno. Y pareció a Sergio Petrovich que sentía el poderoso "yo" crecer en él, levantarse, y que los rugidos de trueno de la voz de ese "yo" se tragaban los gemidos lamentables del cuerpo, fuerte solo durante la noche. Ceden los que quieren, él, él rompería su caja de hierro. ¡El, el hombre desgraciado, limitado, lastimoso, se levantaba en este momento por encima de los genios, los reyes y las montañas; más alto que todo lo que es alto en la tierra, porque su "yo" humano, inmortal, libre, audacioso, lo que hay de más bello y puro en el mundo, triunfaba en él! ¡Las obscuras fuerzas de la Naturaleza no podían vencer al "yo" inmortal, libre y audaz, porque él reina sobre la vida y sobre la muerte!

Esto que Sergio Petrovich experimentaba se parecía al delirio de orgullo desordenado de un hombre con locura de grandezas. Esa fué la opinión de algunos que leyeron su última carta a Novikof. La escribió, como quien dice, en mangas de camisa, sobre un trozo de papel en el que estaba la nota de la lavandera, y no llegó a su destino sino tras mil vicisitudes, cuando la policía y el juzgado fijaron el asunto.

Una vez escrita la carta, Sergio Petrovich bebió el veneno, y cuando la criada llevó el "samovar" el joven había perdido el conocimiento. El cianuro fué preparado por manos inhábiles y era demasiado flojo para matar de golpe. Sergio Petrovich fué llevado al hospital de Catalina, donde rindió la vida aquella noche.

El telegrama enviado a su madre sufrió retraso, y ésta no llegó sino después de las exequias. Los estudiantes que la hicieron venir se dijeron que así había sido mejor, porque el joven, con el abierto y vacío cráneo y la cara violácea, estaba horrible de ver y hubiera podido producir a los ojos y al alma de su madre una impresión funesta.

Y todo lo que la madre encontró de su hijo consistió en libros y trajes estropeados, entre los cuales había una vieja túnica, desgarrada por las axilas y zurcida de hacía muy poco tiempo.

Cómo Viaja la Tierra



Como influye el movimiento de la tierra en la posición relativa de los habitantes

Habitamos un globo que camina a través del espacio con una velocidad de 35 kilómetros largos por segundo, merced a la cual puedá recorrer su órbita elíptica en torno del sol una vez al año. Verdaderamente se trata de una velocidad tremenda, inconcebible, y al lado de la cual parecería estar inmóvil la bala disparada por un cañón de grueso calibre.

El hecho de que nuestro planeta se mueva tan impetuosamente devorando kilómetros por los espacios siderales, nos aparece evidente por el raciocinio. La tierra no se halla, en efecto, rodeada de objetos inmóviles, con los que podamos comparar la velocidad que la anima en esta desenfrenada carrera por el firmamento. De ahí que sólo mediante el razonamiento de hechos indudables, podamos llevar a nuestra comprensión el movimiento de la tierra, fenómeno el más interesante quizá de todos los que la naturaleza nos ofrece.

Este nos resulta tanto más sorprendente si comparamos la dirección en que nos lleva el movimiento de la tierra, en cualquier instante, con la dirección de la plomada. ¿Qué persona sospechará, por ejemplo, que en las primeras horas de la mañana camina éter adelante, yendo de cabeza de costado a mediodía y a media noche, y con los pies a la vanguardia al ponerse el sol? ¿No se os antojan decires de sabio todas esas piruetas hechas por nuestras respetables humanidades en el transcurso de veinticuatro horas?.... Y sin embargo, todo ello es rigurosamente cierto, tan cierto, como que, a pesar de esas volteretas dadas por los habitantes de la tierra, durante todo ese tiempo la dirección efectiva del movimiento terrestre permanece inalterable, considerado nuestro globo en conjunto. Los cambios aparentes, con relación a la línea de plomada, son debidos a rotación de la tierra sobre su eje.

La verdad es que el movimiento de rotación, comparado con el de traslación del globo al recorrer su órbita, resulta muy lento. Así, un punto cualquiera del ecuador anda valga la palabra, solamente 1.552 kilómetros en una hora, mientras que nuestro planeta, en su marcha furiosa, recorre una distancia equivalente a su propio diámetro, o sean 14.800 kilómetros en poco menos de siete minutos.

A fin de que se comprendan bien los curiosos resultados de este doble movimiento de la Tierra, en lo que afecta a los seres vivientes en determinados puntos de la misma, hagamos un pequeño estudio del adjunto diagrama. La larga flecha dibujada representa una parte de la órbita terrestre, atravesada en veinticuatro horas, y los cuatro círculos en cuyo trazado aparece un monigotito, señalan cuatro posiciones sucesivas de un lugar determinado de la tierra al amanecer, por la tarde, a la puesta del sol y a media noche. Las flechas pequeñas, en blanco marcan la dirección del movimiento rotatorio cotidiano de nuestro pequeño mundo. Aquella dirección como ésta son, cual podrá verse, de oeste a este.

Dirijamos ahora una visual al primer círculo de la izquierda. Inmediatamente advertiremos que la figurita del caballero se encuentra situada a oriente, puesto que aquella parte de la tierra, comienza a volverse hacia el sol. Como indica la flecha grande, la dirección del movimiento orbitario terrestre es tal en el momento elegido, que las gentes situadas en esa parte del globo son arrastradas a través del espacio y a la velocidad de 35 kilómetros por segundo, con dirección a un punto situado sobre sus cabezas. Si esas gentes pudieran por algún medio tener conciencia del referido movimiento, les parecería estarse elevando en el espacio, empujados los pies por un globo inmenso que sube y sube sin cesar en el piélago azul.

Consideremos en seguida la segunda posición, señalada con la palabra "mediodía". La figurita ha sido llevada por la rotación terrestre a la parte superior de la figurada esfera, encontrándose por ende, inmediatamente bajo el sol y, por lo tanto, si comparamos su posición con la línea de plomada en dicho punto, el movimiento de traslación formará entonces ángulo recto, o se efectuará en sentido lateral. Los habitantes de aquella parte de la tierra, si pudieran darse cuenta de su movimiento, creerían que éste se efectuaba hacia el poniente.

Pasemos a la tercera figura, la que como se verá, se halla al oeste o en el punto por donde se oculta el sol. No habrá que fijarse mucho para descubrir que la tierra, en semejante momento, lleva a la gente representada por el diminuto personaje con los pies hacia adelante. También podemos considerar a esa gente como cayendo pies abajo arrastradas hacia los insondables abismos siderales con velocidad vertiginosa, por el globo terráqueo.

En la cuarta posición, la figurita se encuentra en el semicírculo de sombra; es decir, en aquella parte de la tierra es entonces de noche, efectuándose el movimiento de traslación nuevamente de costado, o haciendo un ángulo recto con la dirección de la plomada. En este caso, los habitantes de dicha parte creerían que el movimiento se efectuaba de oeste a este.

Los Ultimos Momentos de un Hindú

El viajero que por primera vez visita Benarés, no puede menos de mirar con extrañeza unas singulares construcciones de piedra reunidas a orillas del Ganges, en el sitio denominado Mankaranika-Ghat, y ennegrecidas por el humo de muchos siglos, como fogones viejos. Y fogones son, en efecto, donde desde hace siglos se queman los cadáveres de los hindús para arrojar sus cenizas al sagrado río. Entiéndase que nos referimos a los hindús fieles al antiguo brahmanismo, no a los mahometanos, que entierran a sus muertos, ni a los parsis, que los exponen en las torres del silencio para que los buitres den fin de ellos.

Cuando la familia de un indio comprende que éste se halla próximo a expirar, le colocan sobre unas angarillas, le adornan la cabeza con ramos y le untan la frente con un poco de limo de Ganges, o mejor todavía, con lo que llaman "pancha-gavia", repugnante mezcla de cinco productos de la vaca: leche, requesón, manteca, estiércol y orina. Al mismo tiempo, un amigo oficioso se acerca al oído del moribundo y le recomienda que piense en su divinidad favorita, con el fin de que ésta "le acompañe en su visita a la madre Ganges". El enfermo comprende muy bien lo que esto significa: si hace con la cabeza seña de aceptar el consejo, tómase como indicio de que su conciencia está tranquila y de que su puesto es el Baykanta, el Paraíso.

En medio del llanto de las mujeres, cuatro parientes o amigos de confianza se cargan a hombros las angarillas con el enfermo y, seguidos del resto de la familia, emprenden la marcha hacia el lugar de la cremación, repitiendo frecuentemente el grito: "¡Hari, Haribolé, Ganga, Narayan Brahma, Siva, Rama!" En el camino, se hace tres veces alto para ver si el enfermo mejora. Si la agonía se prolonga, nunca falta un pariente caritativo que la abrevia echando en la boca del infeliz un chorro de agua fangosa del Ganges, o de asquerosa "pancha-gavia". En caso de que el moribundo resista esta prueba y dé señales de mejoría, se suspende la ceremonia y se vuelve atrás la comitiva; pero semejante interrupción se considera como de muy mal agüero, y hay familias, y aún pueblos, que expulsan de su seno al individuo que cura después de haber estado camino del crematorio.

Cuando el moribundo exhala el último aliento, el pariente más cercano envuelve el cadáver en una tela nueva, y lo coloca cerca del agua, para que ésta se vaya empapando. Entretanto, se construye una pira, en la que se mezcla algo de sándalo, y todo se rocía con manteca fundida.

El pariente más próximo entra luego en el río para purificarse, y se le entrega una antorcha, también empapada en manteca, y con ella pega fuego a los cuatro ángulos de la pira. Los demás asistentes rezan mientras tanto algunas oraciones, mascan hojas de betel y se van retirando poco a poco, a excepción de los que cargaron con las angarillas, los cuales permanecen allí hasta que el fuego ha consumido por completo el cadáver. El citado pariente, entretanto, procura distraer o alejar a los buitres que acuden al olor de la carne muerta, arrojándoles tortas de arroz con el fin de atraer sus simpatías al difunto; porque para los hindús, aquellas repugnantes aves son encarnación de espíritus malignos, con los que conviene estar a buenas.

Una vez reducido el cadáver a cenizas, vuelve el pariente junto a la pira apagada, la rocía primero con agua y luego con leche, y después de recoger parte de las cenizas para llevarlas en peregrinación a algún santuario famoso, arroja las demás al río.



El pariente más próximo haciéndose afeitar

¿Quién inventó los soldaditos de plomo que tanto deleintan a los niños



1 Una escena de la campaña de Rusia (1812) formada con soldaditos de plomo. 2 Divirtiéndose en el juego de la guerra.— 3 Pintando la caballería.— 4 La infantería

La invención de los soldados de plomo se debe a un alemán, a un tal Jorge Hilbert, de Nuremberg, que durante la guerra de Siete Años tuvo la ocurrencia de lanzar al mercado aquel nuevo juguete, obteniendo con él un éxito inmenso. Desde entonces, los pequeños soldaditos siguen siendo producto eminentemente alemán; se hacen también en Inglaterra y en España, en Barcelona; pero en Alemania, y, sobre todo, en Nuremberg, es donde están las fábricas más importantes, y a donde acuden todos los buenos coleccionistas.

Porque en nuestros días, los soldaditos de plomo ya no son sólo un juguete infantil: tienen también sus admiradores y admiradores entusiastas, entre muchas personas mayores, que los reunen y los guardan religiosamente en cajas con el mismo interés con que los filatélicos coleccionan en sus álbums sellos y más sellos. En Alemania y en Rusia, esta afición, no más pueril ni menos instructiva que la de los sellos o las postales, no es de hoy. El zar Nicolás I era ya un verdadero apasionado de estas figulinas militares, y la casa Heinrichsen, de Nuremberg, las fabricaba a propósito para él, de tamaño y tipo especiales.

En este juguete, como en todo, el progreso hace de las suyas. Fabrícanse hoy soldaditos "de bulto", con carros y cañones, que se enganchan y desenganchan y jinetes que pueden apearse de sus caballos, que son una verdadera preciosidad.

Estos son los que prefieren los niños, porque les parecen "más de veras"; pero los coleccionistas prefieren los antiguos soldados planos, en primer lugar porque ocupan menos sitio, en segundo porque son más baratos, y, por último, porque siendo mucho más fácil su fabricación, se varían con frecuencia los moldes, según los cambios de uniforme, y reproducen con mayor exactitud los diferentes tipos militares. Nuremberg produce, no sólo soldados alemanes, sino tipos de todos los ejércitos antiguos y modernos, desde los egipcios, los griegos, los romanos, hasta los japoneses, los boers y los marroquíes de nuestros días. Algunas fáfricas ofrecen en sus muestrarios hasta 10.000 modelos diferentes, incluyendo en ellos algunos de índole no militar; caravana en el desierto, cazadroes de bisontes, aldea africana, etc. En realidad, no debiéramos decir soldados de plomo, sino de estaño. Se hacen, en efecto, con una aleación de estaño y de antimonio, mezclada con una pequeñísima parte de plomo. Los moldes, delicadamente esculpidos en hueco, son de pizarra. Una vez que los obreros sacan los soldaditos blancos y relucientes, de estos moldes, unas cuantas mujeres se encargan de quitarles la rebaba, y en seguida pasan a manos de las pintoras, obreras que, con finísimos pinceles de marta, valiéndose de colores de laca y de trementina, pintan las diminutas figuras a la vista de modelos que facilitan los directores de la fábrica. Las casas alemanas, sobre todo las de Nuremberg, se precian de reproducir los uniformes con una exactitud rigurosísima, y al efecto encargan a veces los modelos a los mejores pintores militares del mundo. En Inglaterra hay una fábrica que está autorizada por el ministerio de la guerra para obtener los últimos uniformes y el armamento de caña cuerpo, y servirse de ellos como de modelo. Los soldados de plomo se hacen principalmente de tres tamaños. El más pequeño, llamado "tamaño de Nuremberg" (tres centímetros de altura para la infantería, y cuatro para la caballería), es el más buscado por los coleccionistas. Estos suelen comprarlos al peso; en una caja de a libra, de este tamaño entran 240 infantes o 95 jinetes. Además, hay cajas de 75 a 150 piezas entre soldados y accesorios (árboles, trincheras, etc.), reproduciendo escenas de batallas, revistas, campamentos, hechos históricos.

Como en todo aquello que es objeto de una afición cualquiera, en los soldados de plomo hay falsificaciones. Entienden por tales los coleccionistas, aquellos soldados que, habiéndose hecho en moldes de un tipo militar determinado, se repintan para representar otro más de actualidad. Por ejemplo, cajas enteras de insurrectos cubanos, fabricadas cuando las campañas coloniales de España, se utilizaron años después, tras una prudente mano de pintura para hacer el papel de boers, y la mayor parte de los rifeños de plomo que recientemente se han vendido en los bazares, no son sino zuavos del ejército francés, hábilmente repintados. A estos subterfugios hay que añadir algunas incorrecciones en que incurren, por negligencia, las mujeres encargadas de pintar los soldados. Se ve, por ejemplo una figurilla de Napoleón con enormes bigotes, o una caja de guardias civiles de gala, cuyos cornetas llevan el frac azul, en vez de rojo. Estos defectos son la desesperación de los coleccionistas, que suelen comprobar la exactitud de los uniformes por todos los medios a su alcance. Coleccionista hay que, tan pronto como compra una libra de soldados, los despinta por inmersión en trementina y vuelve a pintarlos con la mayor escrupulosidad.

En cuanto a la manera de coleccionar soldados, ello puede hacerse en muy diversas formas. Hay quien no se preocupa más que de acaparar tipos de todas las épocas y de todos los países, mientras otros se dedican a coleccionar solamente uniformes de un ejército o de un período determinado. Tanto aquéllos como éstos, adoptan un número fijo para representar cada unidad. Los más moderados suelen tener 25 soldados por cada regimiento de infantería y 10 por cada regimiento de caballería, mientras los verdaderos entusiastas consideran como un regimiento los que entran en una libra de peso.

Hay otros aficionados que, con sus soldaditos reconstituyen escenas de grandes batallas. Ayudándose de mapas y de relatos históricos, forman el lugar de la acción.

En una palabra, los aficionados que se dedican a esta clase de pasatiempos, suelen tener felices ocurrencias.

La Mitología de los Pueblos Clásicos, Era un Verdadero Museo de Animales Célebres

Zeus, o Júpiter, el dios de los dioses, salvado por su madre de la voracidad de su padre, Cronos, que tenía la mala costumbre de comerse a sus propios hijos, se alimenta, en su niñez, de la miel de las abejas del Himeto y de la leche de una cabra, Amaltea, cuya ubre, vertiéndose por los cielos, dejó en ellos impresa la Vía láctea. El animal favorito de Júpiter es el águila, a cuyas garras confía el rayo, símbolo de poder y majestad. Su esposa, Juno, la de los ojos de ternera, según los griegos, tiene como animal simbólico el pavo real, necio y magnífico, sobre cuya cola ha sembrado los cien ojos del gigante Argos.

Minerva, diosa industriosa y prudente, que salió del cerebro de Júpiter armada de todas las armas, rodeábase de la lechuza, la corneja y la serpiente. A ella débese la existencia de la araña. Tejía la diosa con sus blancas manos la delicada túnica de Juno, y una joven lidia, Aracné, tuvo el atrevimiento de hacerle la competencia, lo que bastó para que Minerva le hiciese pedazos su tejido y la convirtiese en inmundo bicho en una araña.

Mercurio, la divinidad astuta e ingeniosa, dios a la vez de los ladrones y de los comerciantes, cabalga en un macho cabrío negro, y roba en el Olimpo el rebaño de bueyes de cuernos de oro perteneciente a Apolo. El caduceo, al que se enroscan dos serpientes, emblema de la prudencia y de la doblez, es el símbolo de este dios. Mercurio es el inventor de la lira, que regaló a Orfeo, quien supo sacar de ella armonías tales, que los leones, los tigres y las serpientes, embelesados, le rodeaban y le seguían sin pensar en hacerle daño.

En la primavera, Apolo llegaba de las regiones hiperbóreas, arrastrado, Lohengrin a la antigua, por legiones de cisnes. El cuervo, el azor, el delfín y el ciervo le precedían, anunciando los cambios de tiempo. Su hermana, Artemis o Diana, la cazadora, aparece siempre representada en compañía de un ciervo, que lo mismo puede ser un emblema de su vocación venatoria que un recuerdo de la historia de Acteon. Un día que Diana se bañaba en un torrente, notó que el joven cazador Acteon la estaba observando a hurtadillas. Inmediatamente lo transformó en ciervo, y ordenó a sus perros que le persiguiesen y le dieran muerte.

A Venus, menos bárbara, se la pintaba llevando uncidos a su carro pintados leopardos, dominados por su belleza y rodeada de palomas; y Baco, que para defenderse de los piratas tirrenos toma la forma de oso o de león, aparece llevado en triunfo por tigres amansados.

En la prodigiosa historia de Hércules figuran numerosas bestias, recuerdo acaso de la lucha del hombre primitivo contra la naturaleza salvaje. El león de Nemea proporciona al héroe la piel con que se viste; niño todavía, ahoga a dos serpientes; más tarde, logra dar alcance a la cierva de broncíneos pies dedicada a Diana, arroja en un barranco al jabalí erimantino, roba a Gerión los bueyes que guardaba el perro Ortros, y limpia al mundo de toda una serie de animales monstruosos: la quimera, la hidra, la esfinge, el cancerbero.

Júpiter, para llevar a efecto sus empresas de amor, se disfraza de animal, convirtiéndose en cisne cuando trata de enamorar a Leda, y en toro para raptar a Europa. A su vez, Juno, para vengarse de Io, una de las amadas de Júpiter, la convierte en ternera, pero, fijaos bien en una ternera a la que un tábano pica constantemente. Citemos en fin, entre los animales de la mitología a Pegaso, al Minotauro y al carnero del toisón de oro.

Belerofonte, nieto de Sísifo, rey de Corinto, ve un día a Pegaso, caballo alado con cascos de oro, y montando en él, va en busca de la Quimera y la da muerte. Envalentonado, pretende llegar al Olimpo en su corcel volador, y entonces Júpiter, irritado por tanta audacia, envía una mosca a Pegaso, le hace dar un bote que ocasiona a Belerofonte una caída mortal. Libre de su jinete, Pegaso huye a las altas cimas del Parnaso, símbolo de la poesía.

En Creta, el toro Minotauro exige anualmente el sangriento tributo de siete mancebos y siete doncellas, hasta que, guiado por el hilo de Ariadna, Teseo consigue llegar hasta él y darle muerte.

El carnero del vellocino de oro, en fin, es un animal encargado por los dioses de tomar sobre su lomo y poner en salvo a Frixos y Heles, hijos del rey Orcomenes, que iban a ser sacrificados por disposición del oráculo. En la huída, al cruzar el mar que separa a Europa de Asia, Heles cae y se ahoga, dando su nombre al Helesponto. Frixos se detiene junto al mar Negro, sacrifica al carnero y cuelga su áurea pelliza en los jardines de Marte, a donde más tarde van a buscarla Jasón y sus compañeros los argonautas.



1, La crianza de Júpiter, por Poussin. 2, El carro de Venus. 3, Orfeo, por Tadde Styca. 4 El rapto de Europa, por Veronés

Y la fantasía de los antiguos va creando episodios, y animales mitológicos llenos de virtudes y provistos de tanto entendimiento como el hombre.

Lástima que no existan en realidad

La Esclavitud de las Mujeres y los Niños en Inglaterra, Constituye, Como en Nuestro País, un Grave Problema Social

Hace algunos años, un notable poeta escribió una serie de artículos sobre la esclavitud de los niños en los Estados Unidos. Reveló cosas horrendas, denunciando, entre muchas más, las fábricas de tejidos de algodón del Sud, en cuya comparación la esclavitud de los negros parece una broma.

El tratamiento dado a los niños en semejantes fábricas solamente puede ser comparado con el que se les daba en las fábricas de Lancashire (Inglaterra) antes de ser promulgada la ley "Factory Acts". Los menores debían entonces trabajar por series de dos horas, de día y de noche, teniendo siempre tras sí el látigo amenazante del capataz. Después ha mejorado mucho su suerte en Inglaterra, pero mucho es también lo que queda por hacer.

El sistema actual, "media jornada", perjudica de una manera irreparable al cuerpo y al espíritu de los niños en el período más crítico de su vida. La ley que permite a un niño de doce años trabajar para mantener a sus padres perezosos o mal retribuídos, es injusta. Esta misma ley hace que la maternidad, en lugar de ser un beneficio y una alegría para el país, resulte un tremendo peligro. Todo cuanto a este respecto se diga parece poco, una vez que se ha visitado Cradley Heath, Birmingham. Sólo allí se da uno cuenta de la miserable condición de las mujeres y niños forjadores de cadenas. El aire puro y el sol no pueden penetrar a través de las paredes de ladrillos tras de las cuales trabajan esas pobres gentes. Hay en la actualidad más de dos mil trabajadores en Cradley Heath, y su trabajo era uno de los peor retribuídos antes de que todos se asociaran en demanda de un poco más de justicia.

Todos tienen fraguas en todos los rincones de sus pequeñas casas, donde raramente cesa el ruido de los martillos. Al lado del yunque vense metros y metros de cadena azulada. La obrera pone en el fuego una larga barra, hace funcionar dos o tres veces el fuelle de su fragua, retira la barra candente hasta el rojo y, forjado el eslabón, cortado de un solo golpe y redondeado en seguida, es añadido a la cadena.

Esas pobres mujeres trabajan con un apresuramiento febril, sin volver apenas la cabeza; se las tomaría por autómatas, esclavas pacientes sujetas a la cadena que ellas mismas han forjado. No es raro ver tres generaciones trabajando juntas: los niños juegan, al lado, con trozos de carbón, como los otros juegan con chiches y muñecas. La frescura de las adolescentes desaparece bien pronto para dar lugar a rasgos duros. No hace aún mucho tiempo, niños de siete años trabajaban ya al yunque; hoy la ley, que cuesta hacer respetar, no lo permite antes de los catorce.

Antes de la huelga de 1910, que duró tres meses, las mujeres ganaban un salario de cuatro a cuatro y medio chelines "¡por semana!" Hoy, muchas ganan hasta once chelines, de los que hay que deducir dos y medio para el combustible y de 60 a 80 céntimos para el alquiler de la fragua. La obrera tiene que transportar las barras de hierro desde la fábrica hasta su casa y volver a la fábrica con la cadena una vez terminada. Trabajando como una verdadera bestia, una muchacha puede hacer un metro de cadena en una hora, y hay muchas que trabajan doce, catorce y hasta diez y seis horas por día.

Y esa pobre gente no puede hacer otra cosa que cadenas.

Dar forma a los metales, soldarlos y remacharlos exige el empleo de ácidos y de esmaltes fluídos que son nocivos para las mujeres y las muchachas. Las horas de trabajo son muchas, el salario muy reducido y las multas muy pesadas; eso sin contar con la frecuencia de los accidentes.

Sin embargo, por digna de lástima que sea la suerte de estas mujeres, todavía tienen la ventaja de trabajar en un aire relativamente puro. Las grandes fábricas son periódicamente inspeccionadas por el gobierno que hace respetar las leyes elementales de la higiene. Pero ¿qué decir de las infectas moradas donde se fabrican los diversos artículos que constituyen la reputación y la riqueza de Bermingham?

Entre estas pequeñas industrias hay la de las empaquetadoras de horquillas y cosedoras de broches sobre cartones, fastidiosísimas una y otra y que apenas producen lo necesario para vivir.



1, La fragua en casa. 2, Muchachas forjadoras de cadenas, en Gradley Heath. 3, Obreros entrando a una fábrica

RISAS INFANTILES



El mejor de los públicos

Una revista ilustrada de París ha tenido la buena idea de fotografiar a un grupo de niñas y niños de cinco a ocho años, en el momento en que se desarrollaba ante ese diminuto público, en un salón, una cinta cinematográfica. Esta cinta debía ser extremadamente graciosa, a juzgar por la tumultuosa y desbordante alegría que provocó entre los tiernos espectadores.

Las fisonomías de los varoncitos son divertidas y permiten bosquejar sus caracteres; algunos están casi serios. Pero ¡cuántos más curiosas, interesantes y diversas son las fisonomías de las niñas! Constituyen toda una documentación de psicología femenina infantil. Las hay que tienen la alegría discreta y correcta, otras exuberante y excesiva, algunas enteramente ingenua y campechana, porque es preciso disfrutar cuando se es bebé y se contempla el cinematógrafo con la perspectiva de una buena merienda.

El entrenamiento del lebrel

Muchas personas creen de buena fe que el lebrel es un animal muy poco inteligente; sin embargo, todos los que hayan tenido o tengan perros de esa casta saben perfectamente que la inteligencia de estos animales es superior a la de otros de diferentes castas caninas, y que su carácteh es manso y amable sobre toda ponderación.

Otra preocupación es la del entrenamiento de los lebreles. La operación de entrenar un "greyhound" parece obra de romanos, y, sin embargo, nada más sencillo.

Hay entrenadores especiales en Francia y en Inglaterra que se ocupan de ese trabajo, no por lo difícil que sea, sino porque requiere cierta constancia de atenciones que no todas las personas pueden conceder a un asunto de interés tan secundario. Los que puedan consagrar algún trabajo a esta tarea encontrarán en ella, más bien que una labor fatigosa, un agradable entretenimiento.

Supongamos que el "greyhound" llega a nuestro poder en un estado lamentable: flaco y débil sobre todo encarecimiento, sucio y descuidado. Ante todo hay que comprobar si tiene lombrices, y en caso afirmativo un vermífugo y un purgante le dejarán libre de ellas.



Ha de cepillársele bien

Después de esta operación preliminar hay que reconstitur el organismo del animal antes de comenzar su entrenamiento. Para esto hay que darle bien decomer — sin permitirle el exceso — presentándole alimentos tónicos y refrescantes como el arroz, el caldo, las legumbres y algunos huesos de ave. Con esto deben dársele al mediodía galletas y bizcochos triturados y secos, es decir, sin agua, caldo, ni leche; y por la tarde, un buen plato sopero de la comida ordinaria. Si el "greyhound" tarda en reponerse, debe dársele diariamente una cucharada de Emulsión de Scott.

Durante los primeros ocho días de tratamiento, el perro dará paseos diarios marchando al paso, de media hora, tres cuartos de hora, y así sucesivamente aumentando un cuarto de hora cada día.

Pasada la semana se comenzará a darle carne de vaca, de caballo o de carnero, cruda o cocida, con su ración de la tarde. Al mismo tiempo se le pondrá seriamente al trabajo y se le darán paseos diarios de dos horas como minimum, llevándolo atado para que el animal no se fatigue corriendo desatentado en vueltas y revueltas.

Nada más fácil que pasear a uno de estos perros, pues se acostumbran inmediatamente, y siguen el paso tan bien, que casi no se da cuenta de ello el que los lleva.

Estos paseos cotidianos son indispensables para formar los músculos y los pulmones de los perros y endurecerles las patas. El entrenamiento detrás de los caballos es poco conveniente, porque los lebreles corren como locos y se fatigan, sin contar los peligros de dislocaciones golpes, etc. Más vale dejarlos jugar en un espacio libre; esto los acostumbra a dar vuelta a toda velocidad.



El "greyhound" debe estar perfectamente lavado

Y en esto consiste todo el entrenamiento. Carne, mucho ejercicio, mucha limpieza; el "greyhound" es un animal que debe estar muy limpio. Así se le evita toda enfermedad de la piel.

—En invierno se deben abrigar con mantas como a los caballos de raza, pues son también muy sensibles al frío. En cuanto se les note el menor reumatismo o tos, hay que cuidarlos muy bien e impedirles que corran.

Nunca debe mostrárseles la caza fuera de los sotos y sitios donde se hacen las cacerías. Si se acostumbran a ver la liebre jugarán con ella y no tendrán ya gana de tomarla, entreteniéndose en retozar el día de la caza.



LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

EL NUEVO PROFESOR























